

La sociedad argentina y el peronismo

Durante un quinquenio de gobierno, el peronismo había cumplido una intensa labor. Las medidas más importantes, las transformaciones más profundas se habían concretado durante esos primeros años, más precisamente, hasta 1950.

Cuando el período presidencial se aproximaba a su fin, el régimen aparecía sólidamente arraigado. La Constitución Nacional había sido reformada en 1949 y entre las modificaciones establecidas se incluía la posibilidad de la reelección del primer mandatario: todo sugería que Perón no vería interrumpida su presencia en la Casa de Gobierno. En elecciones legislativas llevadas a cabo el 7 de marzo de 1948, los candidatos peronistas habían cosechado el 60 % de los votos y en los comicios para la Asamblea Constituyente —el 5 de diciembre de 1948— el 66 %¹.

Resultaba evidente —aun para los más activos opositores— que el peronismo había extendido su presencia en la sociedad argentina, y difícilmente se podría pensar en derrotarlo en las próximas elecciones (se celebrarían a fines de 1951).

Pero así como habíase incrementado la intensidad y el número de adhesiones, ocurría otro tanto con las oposiciones que el peronismo generaba. La sociedad argentina se había modificado y aparecía dividida por un profundo corte. Es que en buena medida, la magnitud de las transformaciones producidas permitía explicar la fuerza de las rivalidades entre sectores súbitamente descolocados por el cambio de sus posiciones relativas

en el cuerpo social. Esa situación se vería agravada por la aparición de síntomas críticos en la economía, que tornarían más agudos los enfrentamientos sectoriales, contribuyendo a extender el clima de inquietud a todos los ámbitos y grupos sociales.

La adhesión obrera al peronismo

La política económica y social del peronismo fortaleció extraordinariamente su arraigo en la clase obrera. El tránsito del medio rural a la ciudad, del minifundio o el obraje al puesto en la fábrica, han constituido para los migrantes del interior un indudable ascenso social, aun cuando la inserción en el nuevo medio sea culturalmente conflictiva. Primero costará adecuarse al ingreso fijo, a las nuevas pautas de consumo, a la nueva convivencia. "Al principio a ese hombre al que la miseria consuetudinaria había privado de otras necesidades, le sobró el dinero y lo dilapidó en pañuelos de seda, en perfumes o en discos fonográficos..."². Más tarde, así como se adaptó a la vida urbana, "...fue vistiéndose mejor, introduciendo mejoras en su hogar, alimentándose racionalmente, graduando sus diversiones a medida que las nuevas necesidades a satisfacer crecían con su cultura de consumo, que sólo puede lograrse sobre bases económicas"³.

El sostenido aumento de los salarios reales de los sectores obreros se acompañaba de un conjunto de otros "indicadores" de progreso socioeconómico: "la extensión del sistema jubilatorio, que incluía nuevos grupos; beneficios adicionales tales como las vacaciones pagas y la asistencia médica, cuyos montos quizá alcanzaron la mitad del valor de los salarios; la lucha contra la escasez de viviendas mediante la construcción de unidades a bajo costo y el otorgamiento de préstamos hipotecarios a bajo interés, canalizados por bancos controlados por el Estado"⁴.

Los decretos de creación de "escuelas fábricas", para la alfabetización de trabajadores, y de escuelas de perfeccionamiento para obreros, de nivel secundario, que constituirían el antecedente de la enseñanza técnica, abrían el camino a la calificación de la mano de obra, ampliando así la posibilidad de ascenso social.

Cambiaba también en esa sociedad que se modernizaba, el rol femenino. "La mujer del pueblo ya no es lavandera ni sirvienta 'para todo uso', sino que ha entrado en la fábrica, está protegida por leyes y pronto depositará su voto eligiendo a sus gobernantes"⁵.

En realidad, la educación técnica, el mayor nivel de

remuneración, la vivienda digna, los nuevos hábitos de consumo, irían configurando un nivel de vida más elevado, que aproximaba los sectores obreros mejor pagos a los límites inferiores de la clase media.

Aun los recién venidos, no calificados, que paraban en las "villas miseria" crecidas en los suburbios ciudadanos, accedían a una situación incomparablemente mejor con respecto a la que dejaban en sus lugares de origen: la proximidad de la escuela y el hospital público, el trabajo fijo y el gremio "elevaban" a ese peón rural. Y si no se conseguía trabajo fijo, siempre había "changas" en ese país con industria y consumo en expansión.

Por lo demás, existía en el "villero" la fundada presunción de que la "villa" era un lugar de paso⁶, como en efecto ocurriría: generalmente, los pobladores originales se fueron trasladando a casas propias, construidas ladrillo a ladrillo sobre terrenitos comprados en el Gran Buenos Aires, y sus lugares fueron ocupados por "nuevos", muchas veces nativos de países limítrofes. Esto dejó de ocurrir más tarde, cuando —alejado el peronismo del poder— el acceso a la propiedad inmueble se cortó para ellos⁷. Allí las villas se tornaron asiento definitivo.

Pero la identificación entre el peronismo y la clase obrera trascendía ese ascenso material y la consiguiente identificación política. La participación obrera en el régimen se había ido institucionalizando y profundizando.

Ya en 1946, tres hombres provenientes del movimiento obrero —Borlenghi, Bramuglia y Freyre— habían integrado el gabinete, y también hubo parlamentarios de ese origen. En 1952 esa participación se ampliaría considerablemente, reflejándose en las listas de legisladores (cinco senadores nacionales, cuarenta y dos provinciales, cincuenta y cuatro diputados nacionales y ciento sesenta provinciales serían de origen gremial).

Indudablemente, el peso y las funciones del gremialismo se habían extendido en una magnitud sin precedentes. Ya en 1947, la cantidad de afiliados rondaba los tres millones, y la sindicalización —antes circunscrita a las ciudades grandes— cubría ahora todo el país. La creación de las obras sociales significó una importante ampliación de los beneficios prestados al afiliado: policlínicos, hoteles de turismo, campos de deportes, proveedurías y farmacias sindicales.

El otro aspecto de esa participación creciente en la vida nacional, fincaba en su identificación total con el gobierno, que para muchos, constituía una pérdida de independencia del movimiento obrero. Efectivamente, la

CGT había pasado a constituir —oficialmente— la “tercera rama” del peronismo, y no ya un factor de apoyo.

En abril de 1950 habíase convocado a un Congreso Nacional en adhesión al Año Sanmartiniano, y el preámbulo a los nuevos estatutos aprobados manifestaba la total identificación con el gobierno: “...la clase trabajadora argentina ha luchado durante décadas, desde su organización sindical, para alcanzar su enaltecimiento integral, mediante la conquista de los derechos que le aseguren una existencia superior en el orden material y espiritual, aboliendo los privilegios sociales, que son causa de explotación y miseria... La doctrina peronista, magistralmente expuesta por su creador, el general Juan Perón, define y sintetiza las aspiraciones fundamentales de los trabajadores argentinos y les señala la verdadera doctrina, con raíz y sentido nacional, cuya amplia y leal aplicación ha de forjar una Patria justa, libre y soberana”⁸.

En el mismo congreso se aprobó una resolución referida a la eliminación de elementos comunistas de los puestos dirigentes y del movimiento obrero en general⁹. Tales tendencias discriminatorias crecerían peligrosamente en el sindicalismo y en el partido. Encaminadas a lograr la complacencia, eliminando factores conflictivos, acabarían por restar elementos dinámicos necesarios para mantener la energía transformadora, que quedaría así librada exclusivamente a las decisiones adoptadas en la cumbre del poder. Como se verá más adelante, esto llevaría a un paulatino aislamiento del régimen, que lo conduciría a descansar en exceso en un consenso real pero pasivo.

Claro que el papel complaciente del sindicalismo no era una invención peronista: el gremialismo anterior, de tradición reformista, también lo había sido, aun frente a gobiernos de signo muy poco favorable a la clase obrera como el presidido por Uriburu en 1930. Ahora lo era con un gobierno que institucionalizaba su participación.

En las bases, la docilidad era menor: el viraje en la política económica que las condiciones externas impulsaban a partir de 1950 —y que analizaremos más adelante— restaría lugar a la conciliación y produciría una intensificación de los conflictos laborales. “Entre fines de 1950 y principios de 1951 tuvo lugar una importante huelga de los ferroviarios. El reclamo obrero era un pedido de aumento salarial. La CGT y la Unión Ferroviaria, encabezada en ese momento por Carnero López, llaman a la reflexión a los huelguistas. El paro fue declarado ilegal y si bien se otorgó el aumento solicitado, la existencia de cesantes impidió que se nor-

malizara el trabajo. Fue entonces que la CGT decidió intervenir a la Unión Ferroviaria. Pero esto tampoco dio resultado... La propia esposa del Presidente de la Nación actúa para solucionar el conflicto recorriendo concentraciones de talleres ferroviarios, hasta que el 24 de marzo de 1951 el gobierno resuelve la movilización militar de los ferroviarios...”¹⁰.

En 1949 se habían producido, asimismo, huelgas de gráficos y azucareros, también declaradas ilegales.

De todas formas, como lo demostrarían sin dejar dudas las elecciones, la clase trabajadora no perdía de vista que el gobierno peronista seguía siendo su gobierno. Una cosa era la lucha sindical y otra el apoyo político a Perón, aunque esto fuera difícil de entender para muchos intelectuales de izquierda. “El proletariado no veía la urgencia de ser ‘independiente’ del peronismo, por más que le desagradaran algunas figuras, algunos favoritismos o negociados. Defendían lo esencial del régimen, su progresividad global y la condición obrera dentro de él. El pequeño burgués superficial, atiborrado de libros mal leídos, sólo veía lo secundario”¹¹.

La pequeña burguesía hostil

El rápido ascenso social de los sectores obreros generaba antagonismos.

Dice Rouquié: “El poder sindical, la eficacia de las convenciones colectivas, tribunales de trabajo que tomaban partido sistemáticamente contra la patronal, la multiplicación de puestos industriales, constituían los elementos que transformaban la condición obrera y aumentaban la desazón de las clases medias. La distancia que las separaba de los trabajadores manuales se acortaba acelerada y visiblemente, las remuneraciones y el estilo de vida se iban acercando”¹². Efectivamente, la clase media había recibido comparativamente, menos beneficios: muchos de ellos —empleados estatales— gozaban desde antes las ventajas que Perón extendió a todos los trabajadores: vacaciones, jubilación. Además, la inflación erosionaría sus ingresos fijos, que no crecían en igual medida que los del obrero: “entre 1943 y 1951, mientras el costo de vida casi se cuadruplica, el sueldo de los maestros se duplica; pero, en 1946 y 1952, el salario promedio del peón industrial se multiplica por cinco”¹³.

Así, andando el tiempo, lo que diferenciaría más a la clase media-baja y media-baja tradicional, de los sectores obreros ascendidos, no sería tanto el nivel de vida o la remuneración, sino pautas culturales de origen,

que no habían cambiado con la "nivelación" económica. Por eso, mientras una seguiría siendo peronista, y reconociendo en el peronismo el motivo de su nueva prosperidad, el otro sector se atrincheraba en el antiperonismo más cerrado, y se consideraba indiscutiblemente superior por su origen, buenas maneras, educación. Aunque habitaran un mismo suburbio ciudadano, y aunque la escuela pública hermanara a los hijos y los fuera equiparando con un mismo nivel de instrucción formal.

Por lo demás, en esa clase media semiilustrada, estaba muy arraigado el sentimiento de segregación, de distinción casi racial hacia el obrero, en especial el "cabeceito negro". Eran generalmente hijos de inmigrantes llegados varias décadas atrás —muchas veces analfabetos y obreros también— que habían prosperado lentamente y hecho estudiar a sus hijos. ¡De qué valía el esfuerzo de ahorro de los viejos, llegados desde aquella Europa dura y "protestantizada", si ahora estos "negros" gastaban dispendiosamente —igual o más que ellos— lo que el "facilismo" oficial les otorgaba...!

Se sentían dueños de la ciudad, ahora invadida por los criollos atezados e "incultos". Se aferraban a ciertos elementos "distintivos" y miraban con horror y desconfianza a quienes disputaban sus sitios en los transportes, en los comercios, en los lugares de recreación. Temerían la "nivelación": veían el ascenso del otro como una proletarización propia.

Más patente se haría el rechazo —y más fundado sobre bases materiales— en los sectores acomodados de la clase media: los que ya no conseguían sirvienta "dócil", o los que —dueños de una pequeña empresa o comercio— debían enfrentar las exigencias "altaneras" del empleado u obrero y pagar sueldos más elevados. Y la miopía de esos pequeños empresarios o comerciantes, les impediría ver hasta qué punto dependía su prosperidad de un mercado interno que la misma clase obrera —ahora consumidora ávida— extendía y nutría.

5 Pero el peronismo erró al descuidar a esos sectores sociales —cuyo peso numérico era grande en la ciudad-puerto con un sector de servicios macrodimensionado— y al subestimar su sensibilidad y su importancia, no sólo como base de sustento, sino como potencial masa de maniobras del adversario. El robusto nacionalismo democrático que el peronismo pudo encarnar, despojándose de ciertos excesos autoritarios y vicios personalistas, podía amalgamar tras de sí a la pequeña burguesía, encuadrándola en un movimiento nacional y popular. Eso hubiera hecho del peronismo un partido de masas singularmente sólido, capaz de cumplir toda

una etapa de la revolución nacional, sin que las fuerzas —minoritarias pero poderosas— ligadas a la vieja estructura agroexportadora pudieran socavarlo.

Por motivos culturales, a esos empleados administrativos, docentes o profesionales, les molestaban profundamente ciertos rasgos autoritarios del régimen. Educados en el liberalismo, cultivaban la devoción por una democracia abstracta y una libertad idealizada e individualista. Tener que usar el distintivo partidario o afiliarse compulsivamente les causaba una fuerte repulsa, al igual que las manifestaciones de devoción pública hacia el Presidente o su esposa. Al punto que la imagen que percibirían del peronismo, estaría constituida —casi privativamente— por esos aspectos, que les ocultarían lo esencial.

Al obrero, que valoraba más las ventajas concretas obtenidas, le preocupaban poco esas cosas. Si podían inquietarle el burócrata sindical que no apoyaba su huelga, o el matonismo en el gremio. Pero distinguía perfectamente la esencia progresista del régimen de esos "epifenómenos".

Claro que, ciertos aspectos que pueden señalarse como negativos, respondían también a la naturaleza constitutiva del peronismo y no era fácil evitarlos. Cuando los dinamismos transformadores se debilitaran, cobrarían más importancia tales aspectos, no por ajenos a las grandes líneas menos dañosas. A la vez, contribuirían a intensificar la parálisis. La adulación y el autoritarismo servirían para aislar a las dirigencias de las bases, y para cerrar los oídos a toda crítica, a la vez que para acentuar el antiperonismo de las clases medias.

Elites tradicionales y nuevos ricos

La política económica del peronismo se ganó desde el principio la franca oposición de los "... grupos económicos que pueden calificarse genéricamente como tradicionales. En efecto, los sectores que no dependían del mercado interno o cuyas producciones reaccionaban con una baja elasticidad a los incrementos del ingreso disponible del público, reaccionaban contra la política de altos salarios. Para ellos, salarios elevados constituían mayores costos, sin la contrapartida de la expansión de la demanda"¹⁴.

Esto ocurría, fundamentalmente, con el gran empresario rural, apartado del poder político y despojado de una parte de sus beneficios por la política de transferencia de ingresos practicada a través del IAPI. Para ellos, además, el Estatuto del Peón había constituido una afrenta imperdonable, que venía a alterar toda

una tradición de relaciones de trabajo paternalistas y semifeudales.

La intervención del Estado en el comercio exterior, los seguros y las finanzas, había modificado profundamente el sistema hasta entonces manejado por un reducido y poderoso conjunto de intereses empresarios —de capital extranjero— estrechamente ligados a las exportaciones agropecuarias o intervencionalistas entre sí: compañías exportadoras, bancos, compañías de seguros. Fuertemente asociado al anterior —y estrechamente solidario— este conjunto de intereses, que tantos hombres había prestado a los gabinetes en los gobiernos de la “época dorada”, también integraría la avanzada contra el régimen peronista.

Por otro lado, estaba la burguesía industrial que —en formación desde la Primera Guerra Mundial— había ido creciendo paulatinamente, y a la que el peronismo había fortalecido definitivamente con su política de fomento. Pero ese sector adolecía de la visión propia de una burguesía capitalista y lejos de dar sustento a un régimen que —en lo esencial— encarnaba también sus propios intereses, se alió —con honrosas excepciones— al conjunto de los que se le oponían.

Arturo Jauretche ha retratado con agudeza a ese grupo, explicando los fundamentos de su ceguera histórica: “A la sombra de esa expansión del mercado interno y el correlativo desarrollo industrial surgió una nueva promoción de ricos distinta a la de los propietarios de la tierra que venía de las clases medias, y aun del rango de los trabajadores manuales, y se complementaba con una inmigración reciente de individuos con aptitud técnica para el capitalismo. Pero esta burguesía recorrió el mismo camino que los propietarios de la tierra, pero con minúscula. Bajo la presión de una superestructura cultural que sólo da las satisfacciones complementarias del éxito social según los cánones de la vieja clase, buscó ávidamente la figuración, el prestigio y el buen tono. No lo fue a buscar como los modelos propuestos lo habían hecho a París o a Londres. Creyó encontrarlo en la boîte de lujo, en los departamentos del Barrio Norte, en los clubes supuestamente aristocráticos y malbarató su posición burguesa a cambio de una simulada situación social. No quiso ser guaranga, como corresponde a una burguesía en ascenso, y fue tilinga, como corresponde a la imitación de una aristocracia.

”Eso la hizo incapaz de elaborar su propio ideario en correspondencia con la transformación que se operaba en el país, hasta el punto que los trabajadores tuvieron más clara conciencia del papel que le tocaba jugar a

esa clase. Basta leer, después de 1955, la literatura sindical y la de la burguesía —con la sola excepción parcial de la CGE— para verificarlo.

”Esta nueva burguesía evadió gran parte de sus recursos hacia la construcción de propiedades territoriales y cabañas que le abrieran el *status* de ascenso al plano social que buscaba. Fue incapaz de comprender que su lucha con el sindicato era a su vez la garantía del mercado que su industria estaba abasteciendo y que todo el sistema económico que le molestaba, en cuanto significaba trabas a su libre disposición, era el que le permitía generar los bienes de que estaba disponiendo. Pero ¿cómo iba a comprenderlo si no fue capaz de comprender que los chismes, las injurias y los dicterios que repetía contra los ‘nuevos’ de la política o del gremio eran también dirigidos a su propia existencia? Así asimiló todos los prejuicios y todas las consignas de los terratenientes que eran enemigos naturales, sin comprender que los chismes, las injurias y los dicterios también eran válidos para ella”¹⁵.

El régimen y las Fuerzas Armadas

Varias son las explicaciones posibles sobre el sustento inicial que el peronismo encontró en las Fuerzas Armadas. En efecto, no cabe duda que en las elecciones de 1946, el candidato del Ejército era Perón.

Cuando las Fuerzas Armadas accedieron al poder en 1943, resultó fácilmente advertible que “las principales características de la revolución eran la confusión y la incertidumbre”¹⁶. El golpe del 4 de junio de 1943 había entremezclado a liberales y nacionalistas de todo pelaje y color. Sin embargo, si hubo un elemento unificador, fue la conciencia vaga pero inquietante del agotamiento del sistema fraudulento que los mismos militares habían contribuido a instaurar una década atrás. De algún modo, el Ejército reaccionaba contra el oprobio de la década infame, que no había pasado sin salpicarlo.

Sin embargo, la falta de coherencia programática del movimiento había acelerado su desgaste. Sin bases populares, y hostigados por los partidos tradicionales —que los tildaban indiscriminadamente de nazis— los militares fueron experimentando una especie de reflejo defensivo que los separó paulatinamente de la sociedad civil.

El obrerismo de Perón no resultó grato a muchos oficiales, pero la evidencia de su popularidad tras el 17 de octubre, persuadió a la mayoría de que era la única garantía de preservación de los objetivos mínimos

masa
del
capital
no

de la revolución de 1943. Tales objetivos eran, por cierto, difusos: oponerse al regreso del fraude que ellos corporizaban en la "partidocracia" tradicional, recuperar el prestigio y la unidad de las Fuerzas Armadas. "La elección estaba muy clara: o bien contribuir a que los políticos y la burguesía antimilitarista derrotara al Ejército, o bien aceptar a Perón a disgusto y recibir el apoyo del pueblo y de los sindicatos sin desvirtuar el espíritu de la revolución de junio"¹⁷. Y los militares eligieron la segunda alternativa, adhiriendo al gobierno electo legítimamente.

Hubo también otro elemento de decisiva importancia: la política de fomento industrial y en particular de apoyo a la siderurgia —en 1947 se sancionó la Ley Sávio, que dio nacimiento a SOMISA— comprometió a muchos oficiales que entendían la ligazón estrecha entre la industria y el potencial bélico, entre la independencia económica y la capacidad de defensa de una nación.

Por lo demás, los primeros años de gobierno peronista, habían permitido al ejército modernizarse y renovar su equipamiento, objetivo largo tiempo postergado durante los años de la guerra.

Sin embargo, las Fuerzas Armadas no eran una institución monolítica y —en buena medida— reflejarían en su seno las contradicciones que dividían la sociedad civil. La adhesión al peronismo nunca había sido total, y la oposición —que al principio permaneció larvada— no tardaría en manifestarse.

Si bien los mandos estaban ocupados por oficiales adictos, en otros niveles —y particularmente en la Marina— crecían los disconformismos ante un régimen que —a los ojos de muchos hombres de uniforme— amenazaba subvertir las jerarquías.

Los intentos del peronismo por consolidar su arraigo en las Fuerzas Armadas mediante la "democratización" de las mismas, no hicieron sino fortalecer esa impresión: se otorgó el derecho de sufragar a los suboficiales —antes excluidos del voto por la Ley Sáenz Peña—, se posibilitó su ascenso a los grados de oficiales, y se dispusieron becas en los liceos naval y militar. Todo eso inquietaba a los cuadros superiores.

"El espectáculo que brindaban las masas de desca- misados vociferando en Plaza de Mayo al ritmo de las brutales arengas del 'Primer Trabajador', espantaba a las clases medias y a los hombres de orden. Los oficiales estaban particularmente impresionados por la nueva definición social del régimen. Solidarios de las capas medias por su nivel de vida, vínculos familiares y sus relaciones, consideraban con creciente inquietud la evo-

lución de la sociedad argentina que parecía favorecer al sistema justicialista. Aunque por su origen no tuvieran que ver con los grupos dominantes de la pampa húmeda y con los intereses agroexportadores perjudicados por el monopolio estatal del comercio exterior, admiraban demasiado al patriciado como para aprobar el ensañamiento del régimen con las grandes familias. Y la arrogancia de los nuevos ricos, de los advenedizos de la industria liviana, antiguos obreros o artesanos favorecidos por sus contactos políticos, agudizaba su conservadorismo. La clase media asalariada, a la que pertenecen los oficiales, se sentía cada vez más insegura ante una política que socavaba su *status social*"¹⁸. El párrafo precedente, de Alain Rouquié —autor poco favorable al peronismo—, pinta con acierto la impresión que el obrerismo del régimen causaba a muchos militares.

La captación de voluntades por medio de ciertos favores personales —que también se practicó— no corría mejor suerte: al precio de indignar a muchos, sólo servía para obtener apoyos interesados e inseguros¹⁹.

Anteponiendo consideraciones morales a las cuestiones de política práctica, muchos oficiales profesionalistas encontraban motivos para sentirse molestos e inclinados a coincidir con los antiperonistas más acérrimos, en tanto veían en el régimen un motivo de desprestigio y disolución. Todo ese descontento —que al gobierno no le pasaba inadvertido— iría en aumento, hasta desembocar en una conspiración, en vísperas de las elecciones de 1951.

Eva Perón: la candidatura irritativa

María Eva Duarte de Perón —"Evita" para la clase trabajadora que la idolatraba; "la Eva" para la oligarquía que la detestaba— era uno de los aspectos más irritativos del régimen.

En ella se sintetizaban dos lecturas distintas —y antinómicas— de la realidad. Nada despertaría más el odio de la oligarquía, que el poder alcanzado por esa mujer de orígenes algo oscuros, que hablaba a las masas en un lenguaje encendido y clasista. La pequeña burguesía participaba de ese aborrecimiento. Toda la moralina de ese sector social afloraría en la diatriba y el chiste soez, que tenía por destinataria a la antigua artista de cine y radioteatros. Tamaña versión encontraba su opuesto en una simétrica adoración popular por Evita, la "abanderada de los humildes".

Todo cuanto el pueblo amaba en ella, era motivo de

burla y reprobación para la oligarquía, que la acusaría de demagoga, ambiciosa, resentida y despótica. Ella no le iría en zaga, estigmatizando las lacras de ese sector social parasitario, y esgrimiendo con orgullo ofensivo su origen plebeyo y su identificación con los humildes y los marginados.

La clase media —que se asomaba ávida a la vida “amable” y a las fiestas de la “sociedad” en las páginas de “El Hogar” se dedicaría a criticar con ardor sus joyas y prendas de vestir: las mismas que admiraba en las damas de doble apellido.

La significación última de todo ese rechazo —como de la devoción popular— debe buscarse en el nuevo país que Eva representaba: simbolizaba una época de ascenso de los sectores más sumergidos, y también, un cambio fundamental en el rol de la mujer en la Argentina de entonces. No se había resignado a la actitud pasiva —tradicional en la ‘Primera Dama’— sino que había sido protagonista activa desde el primer instante.

El voto femenino, de algún modo, sintetizaba esa transformación revalorizadora de la condición de la mujer trabajadora, que ahora tenía también derechos y los hacía respetar. Y de la misma oligarquía provenía el rechazo por ese símbolo, que en realidad encubría el rechazo de lo que representaba. Victoria Ocampo, furibunda feminista, llegó a pronunciarse públicamente en contra: “Creo que la mujer argentina consciente, al no aceptar dócilmente ni siquiera la idea del voto por decreto, del voto recibido de manos del gobierno de facto, ha votado por primera vez en la historia de la vida política argentina. Y ha sabido votar sin equivocarse”²⁰. El exhorto de Victoria, pronunciado en 1945, tendría un sentido práctico y premonitorio, aunque no eficaz, porque al efectivizarse a fines de 1951, el voto femenino tendría decisiva importancia en el triunfo peronista.

Eva Perón había sido fuente de inquietud en las Fuerzas Armadas desde antes que Perón fuera presidente. Era motivo de críticas su origen y su pública convivencia con el entonces ministro de Guerra y Vicepresidente.

Más tarde, la formalización del matrimonio, atemperó el disgusto. Pero su actividad política y sus actitudes producían a muchos oficiales el mismo rechazo que a los civiles opuestos al régimen. “Tradicionalmente, la esposa del Presidente de la República era una figura decorativa sólo apta para aparecer en función del protocolo o en tareas de beneficencia. Eva Perón irrumpió con violencia para hacer trizas esa venerable y apacible imagen. Mujer de lucha, no sólo se metió en

política, sino que encarnó al sector más radicalizado del peronismo. A poco andar, sin ocupar ningún cargo oficial, era la persona más poderosa e influyente de la República después de Perón, y en algunos aspectos era la par del marido”²¹.

La versión de que Eva acompañaría a Perón como candidata a la vicepresidencia en las elecciones a celebrarse a fines de 1951, había ido creciendo, y con ella, el malestar entre las filas castrenses.

Esto ocurría en momentos en que varias circunstancias se combinaban para crear un clima poco favorable al gobierno. La oposición arreciaba contra el régimen, acusándolo de limitar las libertades esenciales —en enero había sido clausurado el diario *La Prensa*, uno de los tradicionales órganos de opinión de la oligarquía, pasando a ser manejado por la CGT— y, por otro lado, las huelgas recientes habían dejado su huella.

Por esa época, probablemente, se hicieron más intensas las actividades conspirativas en las fuerzas armadas, que venían desarrollándose desde tiempo atrás: algunos oficiales retirados —ex integrantes del GOU— habrían constituido una logia secreta para derribar al gobierno, denominada “Sol de Mayo”.

En la medida en que el descontento cundiera, la posibilidad de crecimiento de estos grupos sería mayor. Y la candidatura de Eva Perón era, en tal sentido, un elemento determinante.

“Por su parte, los mismos militares peronistas se resistían a admitir la candidatura femenina, recelosos de que la fuerza política de Eva Perón llegara a institucionalizarse. Además, la Ley de Acefalía colocaba a Eva Perón —en caso de ser elegida y fallecer su esposo— como jefa suprema de las fuerzas armadas, algo intolerable para los militares argentinos”²².

Tal vez por eso, el mismo Perón —en conocimiento de que existía oposición en el ejército— decidió demostrar el lanzamiento de la candidatura. No puede descartarse totalmente que algunos jefes allegados al presidente le hayan hablado francamente del tema.

Por otra parte, la salud de Eva Perón estaba —a esa altura— bastante quebrantada (padecía un cáncer de útero).

El tema permanecería en la indefinición hasta que finalmente, la CGT decidió unilateralmente proclamar la candidatura de Evita: “el día 22 de agosto, por la tarde, más de un millón de personas se congregó en la avenida 9 de Julio para realizar el ‘Cabildo Abierto del Justicialismo’, un multitudinario acto para presionar a los indecisos”²³.

La gente se había ido congregando desde el día anterior, y los carteles y consignas no dejaban dudas acerca del "veredicto" del "Cabildo Abierto": se procuraba que Eva Perón aceptara integrar la fórmula presidencial.

En horas de la tarde se anunció que el Presidente de la Nación se haría presente. El clamor de la multitud allí reunida interrumpió repetidamente el discurso del secretario general de la CGT, José Espejo. Se reclamaba la presencia de Eva. Finalmente, también ella ascendió al palco con visible emoción, iniciando un discurso entrecortado por los gritos de la gente y por su propio llanto.

Sus palabras, sin embargo, no permitieron clarificar si aceptaba o no la nominación. Tras ella, habló Perón, y resultaba evidente que se procuraba finalizar el acto sin una definición explícita. No obstante, el secretario general de la CGT, retomó el micrófono y volvió a insistirle a que aceptara, en medio de la presión de la multitud.

Eva Perón solicitó primero un plazo de cuatro días, y finalmente pidió que se aguardara hasta el día siguiente²⁴.

En el palco reinaba un clima de confusión: era evidente que Perón deseaba dar por concluido el acto con la negativa de su esposa, en tanto que Espejo anunciaba que ella volvería por la noche para comunicar su decisión.

En medio del desconcierto, las palabras finales de Eva nada aclararon: "denme tiempo —pidió— para anunciar mi decisión a todo el país en cadena"²⁵.

Al otro día, los diarios sólo reprodujeron un párrafo aislado de lo que Evita había dicho: "Haré lo que el pueblo quiera"— que sugería una aceptación implícita.

El 28 de agosto, el partido y la CGT proclamaban oficialmente la candidatura, entre veladas manifestaciones de descontento militar y entusiastas adhesiones gremiales.

El 31 de agosto, por la noche, la voz de Eva Perón se escuchó por la Cadena Nacional de Radiodifusión, anunciando su decisión irrevocable: "Quiero comunicar al pueblo argentino mi decisión irrevocable y definitiva de renunciar al honor con que los trabajadores y el pueblo de mi patria quisieron honrarme en el histórico Cabildo Abierto del 22 de agosto. Ya en aquella misma tarde maravillosa que nunca olvidarán mis ojos y mi corazón, yo advertí que no debía cambiar mi puesto de lucha en el movimiento peronista por ningún otro puesto... He tomado mi propia decisión en forma irrevocable y definitiva, presentada ante el consejo supe-

rior del Partido Peronista y en presencia de nuestro jefe supremo el general Perón. Ahora quiero que el pueblo argentino conozca por mí misma las razones de mi renuncia indeclinable... Porque el 17 de octubre formulé mi voto permanente ante mi propia conciencia: ponerme íntegramente al servicio de los descamisados, que son los humildes y los trabajadores... No tenía entonces ni tengo en estos momentos más que una sola ambición personal: que de mí se diga, cuando se escriba el capítulo maravilloso que la historia dedicará seguramente a Perón, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevar al presidente las esperanzas del pueblo, y que, a esa mujer, el pueblo la llamaba cariñosamente 'Evita'. Eso es lo que yo quiero ser"²⁶.

Al día siguiente, la CGT propuso que de allí en más, el 31 de agosto fuera conmemorado como "día del renunciamiento", incorporándose a las efemérides partidarias.

¿Qué había significado el "Cabildo Abierto"? Para la oposición, una maniobra espectacular del régimen, cuya culminación —prevista de antemano— sería el acto de renunciamiento. Algo así como la necesidad de constante "corroboración del carisma", en el lenguaje de Max Weber.

Sin embargo, la visible confusión y el disgusto de Perón ante el cariz que tomaba el acto, llevan a pensar que no todo estaba preconcebido.

Podría pensarse también, que Perón quiso presionar mediante una muestra de adhesión popular, para contrarrestar la ofensiva militar en contra de la candidatura de su esposa, y evaluar luego sus efectos, antes de adoptar una determinación. Pero Perón conocía con antelación la opinión militar, y su discurso —como el de Eva— sugieren que la negativa estaba ya decidida. Por lo demás, la endeble salud de Eva Perón, no le posibilitaría —sin duda— desempeñar el cargo.

Parece más atinado pensar que Perón haya aceptado la realización del acto, según la iniciativa de la CGT, con la idea de dar una muestra de fuerza que afirmara la autoridad del régimen ante la oposición, y zanjar la cuestión con la negativa de Evita, conformando así simultáneamente a los gremialistas y a las fuerzas armadas.

No debe descartarse tampoco la posibilidad de que la propuesta de la CGT tuviera un sentido político concreto, y no simplemente honorífico: el secretariado existente en ese momento —Espejo, Soto, Santín— gozaba de la confianza de Eva Perón, y tal vez, perseguía un incremento del peso de la central obrera en las deci-

siones si la candidatura se efectivizaba. Si así fuera, Perón habría frenado la iniciativa.

De todas formas, Eva Perón no había necesitado de un cargo electivo para constituirse en principal vaso comunicante entre el movimiento popular y las masas trabajadoras. Su nombre se convertiría en símbolo de las más profundas reivindicaciones de una Argentina sumergida, que la perpetuaría más allá de la muerte, ya próxima por entonces.

Desde el 24 de setiembre el mal progresivo que la aquejaba la postraría en su lecho, impidiéndole toda actividad.

El intento golpista del general Menéndez

La fallida candidatura de Eva no había hecho sino acelerar los planes golpistas en el ejército. Unida a las dificultades económicas que ya se avizoraban, a la agitación por las recientes huelgas y a la clausura y confiscación del diario *La Prensa*, tradicional vocero de la oligarquía —ocurrída a principios de 1951— sirvió para madurar un clima que persuadió a los rebeldes: el momento propicio había llegado.

Las líneas conspirativas se tendían desde tiempo atrás y en dos direcciones independientes entre sí. Una la lideraba el general Eduardo Lonardi, oficial de artillería de 55 años, sin compromisos políticos conocidos, y con una excelente reputación profesional. Miembro de una tradicional familia católica de Córdoba, Lonardi —que estaba en actividad y revistaba en Rosario— comenzó a conspirar en marzo de 1951, contactando oficiales de la Escuela Superior de Guerra. El otro jefe golpista era el general retirado de caballería Benjamín Menéndez. “Más impetuoso que reflexivo, Menéndez había llevado una vida agitada, marcada por duelos, desafíos a políticos y participación en una serie de conspiraciones, ninguna de ellas exitosa”²⁷. Ferviente antiperonista, este oficial de 66 años, venía apalabrando amigos militares y civiles, en busca de apoyos para sus planes.

Por lo demás, los golpistas habían buscado contactos con fuerzas políticas de la oposición, con las que el régimen no mantenía una relación cordial. En efecto, desde su acceso al gobierno, el peronismo se había mostrado poco proclive a considerar a los demás partidos políticos. La relación no podía ser fácil, desde que el peronismo se arrogaba la representación excluyente del interés nacional, y el mismo Perón solía referirse a la oposición política en términos despectivos. En rea-

lidad, a Perón no le inquietaba demasiado el tema, porque en esos primeros años, el fortalecimiento de su gobierno —al influjo del poderoso aire renovador que insuflara al país— había sido paralelo al debilitamiento de los demás partidos.

Sin embargo, aún debilitados, esos partidos estaban en la mira de los militares golpistas, que veían la necesidad de proveer una base política a sus proyectos. Y muchos políticos, cada vez más enfrentados al régimen, no desestimaban la posibilidad de aferrarse al brazo armado. Eran los mismos que —desplazados por la revolución del 43— se habían mostrado fervientes antimilitaristas. Pero un golpe militar “decente” podría abrirles paso —confiaban— al eliminar a este gobierno “dictatorial”, que enarbolaba la alpargata como símbolo de su barbarie...

Lonardi había obtenido promesas de apoyo por parte de Miguel Angel Zavala Ortiz —radical— y del socialista Américo Ghioldi. Por su parte, Menéndez mantuvo una reunión con el mismo Ghioldi, el dirigente radical Arturo Frondizi, el demócrata progresista Horacio Thedy y el demócrata nacional Reynaldo Pastor, a quienes se presentó como jefe natural del inminente alzamiento.

Pronto surgieron gestiones para lograr el acercamiento de ambos grupos y el contacto entre los jefes. Lonardi y Menéndez mantuvieron dos encuentros en secreto, sin llegar a ningún acuerdo concreto.

El temperamento reflexivo de Lonardi lo llevaba a moverse con suma prudencia, en vista de que el gobierno —que estaba sobre la pista— incrementaba su vigilancia sobre los militares sospechosos. Lonardi fue citado por el ministro de Guerra Franklin Lucero para formularle una advertencia sobre sus actividades, de las que se tenían algunos indicios²⁸. Era reacto a precipitar los hechos, hasta no contar con la certeza de bases suficientes.

“Menéndez, impetuoso, corajudo, dueño de una absoluta confianza en sí mismo, creía que bastaba sublevar a un pequeño sector del ejército para que el ejemplo operara como reacción en cadena hasta levantarlo en pleno”²⁹. Era pues, partidario de actuar lo antes posible.

En un momento dado, conocedor de que Menéndez se disponía a encabezar el golpe sin más dilaciones —y acaso convencido de que fracasaría— Lonardi desistió de toda acción, dando libertad a quienes lo apoyaban para que se plegaran a las filas de aquél. Entre quienes así lo hicieron, figuraban Alejandro A. Lanusse —por entonces capitán— y Juan Enrique Guglielmelli.

“El movimiento dirigido por Benjamín Menéndez —relata Miguel A. Scenna— estalló el 28 de setiembre de 1951 y fue un perfecto fracaso desde su iniciación. Con un centro en la Escuela de Caballería de Campo de Mayo, no logró siquiera dominar lo que debió ser el núcleo de la revolución. Fueron más los oficiales leales que los rebeldes. Entre los que se negaron a plegarse al general Menéndez se contó el mayor Juan Carlos Onganía. De 180 tanques que debieron marchar sobre la Capital Federal, sólo tres salieron de Campo de Mayo rumbo al Colegio Militar, que también se negó a plegarse a la rebelión. En tanto el comandante en jefe del ejército, general Angel Solari, obró sin pérdida de tiempo y con máxima energía. Prácticamente a su sola orden se rindieron las tropas mecanizadas de La Tablada, también sublevadas, con lo que Menéndez quedó en el aire. No le restó otro camino que entregarse”³⁰.

El jefe sublevado había supuesto que la opinión general del ejército le era favorable, y se le plegaría sin dilaciones. “Aunque así fuera, era imprescindible un resonante éxito inicial para persuadir a los indecisos a que tomaran parte en la acción; pero la pobre columna de tres tanques y doscientos hombres que salió de Campo de Mayo rumbo al Colegio Militar no ofrecía demasiado incentivo a los oficiales que aprobaban esa causa pero no estaban resueltos a arriesgar por ella sus carreras”³¹.

La intentona había fracasado: la mayoría de los jefes se habían mantenido leales a sus mandos. Sin embargo, encendía una luz de peligro. La proclama de Menéndez permitió advertir que la conspiración era más amplia que el mero levantamiento de unos pocos oficiales: “Cuento con el respaldo de la ciudadanía, representada por figuras prominentes de los partidos, comprometidos a una tregua política que asegure la más amplia obra de conciliación...”³²

Era entonces advertible que el distanciamiento entre las fuerzas armadas y los partidos políticos tradicionales —que había sido uno de los elementos decisivos en el proceso iniciado en 1943— se estrechaba. Frente al peronismo coincidían —en heteróclito conjunto— elementos conservadores, ultranacionalistas, así como liberales de toda la gama. Eso se reflejaba no solamente en los sectores políticos que se aproximaron a Menéndez, sino en la misma filiación ideológica de la oficialidad que conspiraba.

Las consecuencias del levantamiento se hicieron sentir: se decretó el estado de guerra interno —que ponía en suspenso las garantías constitucionales, y se mantendría hasta el derrocamiento del gobierno— y se in-

tensificó la presión sobre la oposición. El clima político, por supuesto, desmejoró sensiblemente.

Dentro de las fuerzas armadas, Perón y su ministro de Guerra, general Franklin Lucero, practicaron una extensa “depuración” que alcanzó a unos doscientos oficiales, pasados a retiro. Hubo gran número de arrestos —ciento once oficiales—, pero los jefes rebeldes no recibieron penas excesivamente graves, si se piensa que el tribunal militar podía llegar a aplicar la pena de muerte. El general Menéndez fue sentenciado a quince años de prisión, y destituido pero no degradado. En esa oportunidad —como en otra posterior— el gobierno peronista no exhibiría demasiada severidad para con los sublevados. Evidentemente, Perón era reactivo a sensibilizar a las fuerzas armadas con rencores profundos y duraderos. La revolución “Libertadora” no mostraría, después de 1955, analogía indulgencia...

Armas para la CGT

La benevolencia con que los golpistas fueron juzgados, y la relativa poca importancia que el gobierno pareció conferir al levantamiento, contrastarían con la actitud de Eva Perón, que desde su lecho de enferma, había seguido con atención los sucesos.

El mismo 29 de setiembre, Eva —que sin duda intuía el peligro de “resurrección” oligárquica oculto tras la intentona fracasada— citó en forma secreta a José Espejo, Isaías Santín y Florencio Soto, miembros del secretariado general de la CGT, así como al general Humberto Sosa Molina, comandante del ejército que reemplazaba al general Solari (alcanzado por la “limpieza”). “En dicha reunión, realizada en torno a su lecho de enferma, ordenó la compra de cinco mil pistolas automáticas y mil quinientas ametralladoras destinadas a la formación de milicias obreras. Los fondos se obtendrían de la Fundación Eva Perón. Esas armas llegaron al país, pero el mismo Perón ordenó, después de su muerte, que se archivaran en el arsenal Esteban de Luca y se destinaran más tarde para reequipar a la Gendarmería Nacional”³³.

El mismo día, Eva había manifestado a sus allegados: “Si a Perón el ejército no lo quiere, lo defenderá el pueblo...”³⁴

Poco después, el 17 de octubre, Eva Perón pronunciaría uno de sus últimos discursos. En esa oportunidad, y con inusual énfasis —no obstante su extrema debilidad— fustigó a la oligarquía y convocó al pueblo a unirse en defensa de Perón para asegurar una revolu-

ción cuya única garantía residía en los trabajadores: "No ha pasado el peligro. Es necesario que cada uno de los trabajadores argentinos vigile y que no duerma, porque los enemigos trabajan en la sombra de la traición, y a veces se esconden detrás de una sonrisa o de un mano tendida... Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos públicamente, defender a Perón y luchar por él hasta la muerte... la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga" 35.

Una extraña mística revolucionaria, que el peronismo no reencontraría tras su muerte, ardía en la palabra de Eva Perón. Intuía, sin duda, que la revolución —lejos de terminar— recién se iniciaba. Y que la vacilación o la flaqueza abrirían el camino para el retorno de los sectores que habían sido alejados del poder político, pero cuyo poder económico estaba aún intacto.

Las elecciones

El 11 de noviembre de 1951, se realizaron las elecciones nacionales. El ejército —como en 1946— garantizó la pulcritud del comicio, aunque en los días previos, la oposición halló dificultades para expresarse. "Enardecidos por los hechos recientes, los peronistas no consideraban que los partidos de la oposición eran rivales dignos de un trato justo... A diferencia de 1946 se les negó el acceso a las radioemisoras y los diarios se manifestaban abiertamente partidarios de los candidatos peronistas" 36.

Sin embargo, el veredicto de las urnas zanjó toda duda, si es que la había: el gobierno recibió un apoyo abrumador: la fórmula Perón-Quijano obtuvo 4.745.157 votos (62%), contra 2.406.050 (32%) de la Unión Cívica Radical, cuyo candidato era Balbín. El resto de los partidos —Demócrata, Comunista y Socialista— sumaron en conjunto 300.638 (4%) 37.

El peronismo había alcanzado además, el triunfo en todas las provincias, y mal que pesara a Victoria Ocampo, la participación femenina registraba un peso decisivo en el resultado de la elección: "Las mujeres superaron a los hombres por 137.000 votos en las elecciones, y de esas mujeres, una proporción mayor que en el caso de los hombres votó por Perón (63,9 por ciento, frente al 60,9). Por primera vez, además, seis mujeres fueron elegidas para el Senado y veintiuna para la Cámara de Diputados, todas ellas peronistas; ocuparían sus bancas cuando el nuevo Congreso Nacional se reuniera en mayo de 1952" 38.

Los resultados obtenidos posibilitaban al peronismo inaugurar un nuevo período gubernamental, contando con sólido y mayoritario respaldo en ambas Cámaras, lo que le otorgaría una amplia libertad de acción. Al mismo tiempo, servirían para convencer a la oposición de la imposibilidad de luchar contra Perón con medios electorales. Lejos de legitimar al régimen ante sus ojos, los movería a reorganizarse tras el reciente fracaso— para nuevos intentos.

La situación económica en los albores del segundo gobierno

Sin embargo, y pese al amplio triunfo electoral, la situación no se presentaba fácil al comenzar Perón su segundo mandato.

Las "buenas épocas" habían quedado atrás, y como vimos, el peronismo había aprovechado el período de prosperidad para concretar la mayoría de sus logros. Pero las circunstancias habían variado, y la crisis, que había comenzado a manifestarse hacia 1949, dejaba ver ahora sus consecuencias.

Las dificultades de la Argentina en el terreno económico, respondían a circunstancias externas desfavorables, a la vez agravadas por factores de naturaleza interna, tanto estructurales como coyunturales.

En primer lugar, habían variado las condiciones de la economía internacional en la posguerra. Como lo señalaba hacia 1950 Raúl Scalabrini Ortiz: "Hoy Gran Bretaña ya no es el centro del capitalismo. La matriz del capitalismo es Norteamérica, pero Norteamérica no es consumidora y el sistema ha dejado de funcionar..." 39. Esto implicaba que, en momentos en que los Estados Unidos constituían la única fuente posible de abastecimiento de maquinarias, equipos y tecnología, las posibilidades de complementación con una economía exportadora de productos primarios no resultaban fáciles.

Además, se ampliaba la expansión internacional de las grandes corporaciones industriales. "Estas corporaciones comenzaron a jugar un papel crecientemente activo en el comercio y transacciones financieras internacionales. Las posibilidades de desarrollo industrial en los países de la periferia estaban, en tales condiciones, fuertemente condicionadas por su receptividad a la realización de inversiones de esas corporaciones en sus economías nacionales, con el consiguiente control de los sectores industriales en expansión" 40. Se estrechaban así los márgenes de acción para los nacionalismos popu-

listas, surgidos en los países dependientes, hacia la posguerra.

Por otra parte, la Argentina comenzaría a encontrar problemas para la colocación de sus productos de exportación, por la retracción y reorientación de las compras de las economías europeas: la participación que se le concedería en las adquisiciones derivadas del Plan Marshall, sería deliberadamente escasa⁴¹.

Asimismo, los precios de los alimentos descenderían fuertemente, al volcar Estados Unidos al mercado los excedentes agrícolas acumulados, y al reconstruirse el Trust Internacional del Cereal, con sede en Rotterdam, que centralizaría las compras imponiendo precios a los países productores.

Este deterioro de los términos de intercambio, se vería agravado por una sustancial reducción de los excedentes exportables. En primer lugar, el desarrollo del mercado interno restó a la exportación el 80 % de la producción agropecuaria, orientándola al consumo local⁴². En segundo término, dos sequías de extraordinaria magnitud azotaron al campo argentino, reduciendo la proporción de superficies sembradas muy por debajo de los niveles históricos, en las campañas 1949/50 y 1951/52⁴³.

La acción combinada de estos factores, colocó al sector externo en una situación extremadamente vulnerable, en momentos en que, consumada ya la fase sustitutiva de importaciones en la industria liviana, era preciso acometer nuevas etapas, que requerirían importaciones crecientes de bienes de capital e insumos industriales.

La economía argentina había crecido y tendía a volverse más compleja, con lo que las necesidades eran mayores: las nuevas fases a encarar exigirían mayor densidad de capital y tecnología. Se habían ido manifestando también, a medida que la actividad crecía, problemas energéticos. Vale decir que la Argentina había desplazado el eje de su dependencia de compras externas, hacia bienes más complejos, con la consiguiente mayor necesidad de divisas.

La depresión de la actividad económica interna por obra de las restricciones externas, provocaría una paulatina reducción de la oferta, al tiempo que obligaría a desplazar la absorción de empleo de la industria a los servicios, y particularmente al sector público, con el consiguiente déficit.

El gobierno procuró mantener, sin embargo, la política expansiva del gasto público y de altos salarios, con lo que la insuficiente oferta de bienes produjo una fuerte inflación: los precios mayoristas ascendieron en 1951 alrededor de un 50 %.

Gran parte de esta inflación podía imputarse, no tanto al crecimiento de la masa monetaria vía emisión —que como lo demuestra Lascano⁴⁴, no había hecho sino acompañar el crecimiento del PBI— sino al gran incremento de la participación del sector terciario —servicios— en la composición del PBI, con la consiguiente reducción de la productividad y la oferta de bienes, sin una paralela reducción de la demanda. También incidía el traslado a los precios —por parte de los empresarios— de los aumentos de salarios. En los primeros años, la inflación habíase mantenido bajo control, en tanto la economía crecía.

Como el ingreso rural se deprimió, el gobierno ya no pudo recurrir a la transferencia de recursos como forma de financiar el desenvolvimiento industrial y los altos salarios. La inflación obstaculizaba el crédito barato y "...la restricción externa impedía, al mismo tiempo, que la expansión de los salarios y del consumo privado aumentara las ganancias por la vía de una mayor utilización del parque industrial"⁴⁵. Se dificultaría entonces la armonización de intereses obrero-empresarios, generándose evidentes síntomas de inquietud social, como las huelgas desarrolladas hacia 1949 y 1950, ante el surgimiento de reclamos salariales no satisfechos.

Resultaba evidente, que los objetivos de la política económica peronista no podían ser mantenidos recurriendo al instrumental utilizado hasta ese momento. Se requería un cambio de rumbo, que implicaría, o bien una profundización drástica de la política iniciada —lo que tarde o temprano habría de conducir a la expropiación de la renta agraria de la oligarquía, para volcarla a la industria pesada, produciendo la transformación requerida—, o bien el abandono de algunas de sus metas más próximas, con miras a estabilizar el sector externo, controlar la inflación y superar la coyuntura crítica, para encarar la nueva etapa. La Argentina debería reorientar su desarrollo hacia la industria pesada y el sector energético, para completar el ciclo de su independencia económica.

Como se verá, el peronismo se decidió por el segundo camino, que comenzaría a recorrerse en 1952 en forma relativamente exitosa, si nos atenemos a los resultados concretos. Pero podría pensarse que el abandono de la política transformadora, de creciente participación de los sectores populares, y su sustitución por una política estabilizadora, implicó un empantanamiento de la revolución iniciada, que al detenerse, dejaba intacto el poder económico de la oligarquía, y por consiguiente, su capacidad de reacción.

NOTAS

- ¹ Potash, Robert, "El Ejército y la Política en la Argentina 1945-1962", Ed. Sudamericana, Bs. As., 1982, pág. 62.
- ² Jauretche, Arturo, "Los Profetas del Odio y la yapa: la Colonización Pedagógica", A. Peña Lillo Editor, Bs. As., 1975, pág. 81.
- ³ *Ibíd.*, págs. 81/82.
- ⁴ Potash, Robert, *op. cit.*, pág. 133.
- ⁵ Galasso, Norberto, "Vida de Scalabrini Ortiz", Ed. del Mar Dulce, Bs. As., 1970, pág. 433.
- ⁶ Ratier, Hugo, "Villeros y Villas Miserias", Centro Editor de América Latina, Bs. As., 1971, pág. 26.
- ⁷ Jauretche, Arturo, "Los Profetas del Odio...", pág. 82.
- ⁸ Senén González, Santiago, "Breve Historia del Sindicalismo Argentino", Alzamora Edit., Bs. As., 1974, págs. 69/70.
- ⁹ *Ibíd.*, pág. 70.
- ¹⁰ *Ibíd.*, págs. 75/76.
- ¹¹ Ramos, Jorge A., "Revolución y Contrarrevolución en la Argentina: La Era del Bonapartismo", Plus Ultra; Bs. As., 1972, pág. 213.
- ¹² Rouquié, Alain, "Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina 1943-1973", Emecé, Bs. As., 1983, pág. 89.
- ¹³ *Ibíd.*, pág. 89.
- ¹⁴ Brailovsky, Elio Antonio, "Historia de las Crisis Argentinas", Ed. de Belgrano, Bs. As., 1983, pág. 137.
- ¹⁵ Jauretche, Arturo, "El Medio Pelo en la Sociedad Argentina", A. Peña Lillo Editor, Bs. As., 1976, págs. 53/54.
- ¹⁶ Scenna, Miguel Angel, "Los Militares", Ed. de Belgrano, Bs. As., 1980, pág. 196.
- ¹⁷ Rouquié, Alain, *op. cit.*, pág. 72.
- ¹⁸ *Ibíd.*, págs. 88/89.
- ¹⁹ Scenna, Miguel Angel, *op. cit.*, págs. 230/231; puede consultarse sobre el tema.
- ²⁰ Sebreli, Juan José, "Eva Perón: ¿Aventurera o Militante?", Ed. Siglo Veinte, Bs. As., 1966, pág. 117.
- ²¹ Scenna, Miguel Angel, *op. cit.*, pág. 231.
- ²² Borroni, Otelo, y Vacca, Roberto, "La vida de Eva Perón", Ed. Galerna, Bs. As., 1971 pág. 259.
- ²³ *Ibíd.*, pág. 260.
- ²⁴ Gran parte del discurso es reproducido por Borroni y Vacca en *op. cit.*, pág. 263.
- ²⁵ Borroni, Otelo, y Vacca, Roberto, *op. cit.*, págs. 263/264.
- ²⁶ *Ibíd.*, págs. 264/265.
- ²⁷ Potash, Robert, *op. cit.*, pág. 178.
- ²⁸ Lucero, Franklin, "El precio de la Lealtad", Ed. Propulsión, Bs. As., 1959, pág. 41.
- ²⁹ Scenna, Miguel Angel, *op. cit.*, pág. 232.
- ³⁰ *Ibíd.*, pág. 233.
- ³¹ Potash, Robert, *op. cit.*, pág. 187.
- ³² Budeisky, Clara, "El Retorno Oligárquico", Schapiro Ed., Bs. As., 1973, pág. 8.
- ³³ Borroni, Otelo, y Vacca, Roberto, *op. cit.*, págs. 267/268.
- ³⁴ *Ibíd.*, pág. 267.
- ³⁵ *Ibíd.*, págs. 271/272.
- ³⁶ Potash, Robert, *op. cit.*, pág. 195.
- ³⁷ Las cifras pueden consultarse en: Godío, Julio, "La Caída de Perón", Granica, Bs. As., 1973, pág. 26.
- ³⁸ Potash, Robert, *op. cit.*, págs. 196/197.
- ³⁹ Galasso, Norberto, *op. cit.*, pág. 461.
- ⁴⁰ Ferrer, Aldo, "Crisis y Alternativas de la Política Económica Argentina", Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 1977, págs. 28/29.
- ⁴¹ Cafiero, Antonio, "Cinco Años Después", Bs. As., 1961, págs. 300/301.
- ⁴² Esteban, Juan Carlos, "Imperialismo y Desarrollo Económico", Ed. Palestra, Bs. As., 1961, pág. 112.
- ⁴³ Cafiero, Antonio, *op. cit.*, págs. 302/305.
- ⁴⁴ Lascano, Marcelo R., "El Crecimiento Económico, Condición de la Estabilidad Monetaria en la Argentina", EUDEBA, Bs. As., 1977, pág. 69.
- ⁴⁵ Ferrer, Aldo, *op. cit.*, pág. 29.

III

1 9 5 2

El viraje económico

A comienzos de 1952, la economía argentina atraviesa por uno de sus momentos más difíciles. En el capítulo precedente hemos procurado describir someramente las causas de los problemas que afectaban y obstruían la continuidad del camino emprendido por la revolución nacional, en pos de una rápida expansión de las fuerzas productivas y una creciente independencia económica.

Para conjurar la crisis, que respondía tanto a problemas coyunturales cuanto a desequilibrios estructurales, el peronismo se decidió —como hemos dicho— por un camino que, si bien no implicaba el abandono de las metas fijadas —que se procurarían retomar a más largo plazo sobre bases materiales más sólidas— las dejaba momentáneamente de lado para dar paso a una política estabilizadora, restrictiva y de mayor austeridad. Esta tendría clara expresión en el Plan Económico para 1952, dado a conocer por Perón en febrero de ese año, que serviría de transición hacia el Segundo Plan Quinquenal, anunciado a fines de ese mismo año.

En realidad, el abandono de los lineamientos generales de la política económica inicial, fuertemente estatista y redistributiva, había comenzado a insinuarse lentamente con anterioridad a 1952. La eliminación de Miguel Miranda de su puesto clave al frente del IAPI —ocurrida en 1949— para dar prevalencia al criterio de economistas más ligados a las concepciones clásicas, como Alfredo Gómez Morales, había significado un retroceso en el rumbo de la economía. Así lo entendie-

ron muchos peronistas, como es el caso de Arturo Jauretche, que abandonó por esos años —y en parte por ese motivo— la vida pública “...cuando el gobierno se dejó influir por la crítica superficial y trastabilló en el rumbo marcado a nuestra economía por ese gran argentino que se llamó Miguel Miranda. Fue a raíz de ese disentiendo, a fines del 50, y de otros que no es del caso mencionar, que me retiré a la vida privada”¹.

Tal vez las presiones de la oposición —como lo supone Jauretche— y especialmente las provenientes de los sectores económicos más afectados por los cambios impulsados, como también las originadas en los grupos más conservatistas del mismo peronismo, habían persuadido a Perón de la necesidad de “moderar” su accionar, de buscar caminos más graduales para la transformación de las estructuras económicas. Esto pudo ser interpretado como un intento de ampliar las bases del gobierno, alejándolo en parte de la ligazón íntima con la clase obrera. Era como si, cumplida una primera etapa de otorgamiento de mejoras sociales fundamentales, se insinuara una apertura hacia otros sectores.

Es cierto que el peronismo no era un movimiento exclusivamente proletario, y que las tareas propias de la revolución nacional debían necesariamente incluir a otros segmentos de la sociedad. Pero la revolución nacional —y la independencia económica perseguida— estaban íntimamente ligadas a la suerte de los grupos sociales sumergidos, y difícilmente pudieran hallar cimiento sólido fuera de las clases trabajadoras.

La profundización de las transformaciones emprendidas requeriría, sin duda, un mayor protagonismo político de la clase obrera, que Perón no estaba dispuesto a conceder, según lo había evidenciado la disolución del partido Laborista, así como los sucesivos reemplazos de Luis Gay y Aurelio Hernández al frente de la CGT, que quedaría a cargo de José Espejo. “Lo que en un principio era una estrecha colaboración se transformó con Espejo en íntima relación de gobierno-CGT”², afirma Senén González. Pero esa íntima relación había implicado una creciente pérdida de autonomía por parte de la central obrera, sin un correlativo aumento de su peso en la adopción de decisiones políticas: “...de Gay y Hernández se ha caído en la inoperancia y sumisión de Espejo”³.

Esa tendencia del gobierno a desacelerar la marcha en el aspecto económico —unida a otros peligrosos síntomas de descomposición interna— parecían sugerir un cierto “aburguesamiento”. Paradojalmente, el nuevo rumbo no le restaría al peronismo el apoyo de la clase trabajadora, que veía en Perón el único reaseguro de

las conquistas recientes. Pero lo volvería en cambio, más vulnerable a los ojos de sus adversarios, que recibirían con alborozo las nuevas orientaciones —aun elogiándolas moderadamente⁴— pero no dejarían de advertir en ellas algo así como una “concesión”, una muestra de debilidad.

El plan estabilizador

“El 18 de febrero, ante las consecuencias de una cosecha desastrosa, el estancamiento de la producción industrial, el deterioro del comercio exterior y la tasa de inflación en veloz aumento, el presidente apeló a la radio para anunciar un programa de austeridad económica. Fue un sobrio mensaje en el que Perón señaló que durante los últimos cinco años ‘no hemos pedido al pueblo ningún esfuerzo extraordinario y menos aún el menor sacrificio para realizar su felicidad y consolidar la grandeza de la Patria’, pero agregó que había llegado el momento de adoptar una política de menor consumo y mayor productividad”⁵.

En ese mensaje difundido por la Red Argentina de Radiodifusión, Perón, además de trazar los lineamientos generales del Plan, procuró hacer una apelación al consenso y la participación: “Una amplia difusión —dijo— llevará al pueblo en forma progresiva las informaciones necesarias para que cada uno pueda empuñarse en la realización del plan conjunto y a la vez esté en condiciones de prestar el máximo de cooperación individual a la realización de las medidas correspondientes”⁶. Y agregó que “...el trabajo y el sacrificio, creadores de riqueza, son los factores decisivos de toda solución económica”⁷.

Perón confiaba en que la popularidad alcanzada por su gobierno resistiría la prueba de un transitorio sacrificio económico —que sin duda habría de pesar en mayor medida sobre los asalariados— sin demasiado desgaste.

Tras destacar los logros alcanzados en los primeros años, y analizar las causas y características de la crisis —la desfavorable relación de precios externos, las sequías, el lento crecimiento de la producción—, Perón describió las metas básicas que su gobierno se proponía alcanzar: aumento de la producción, austeridad en el consumo y fomento del ahorro. “En nuestro caso —afirmó— la austeridad en el consumo no implica sacrificar lo necesario, significa en cambio: eliminar el derroche, reducir gastos innecesarios, renunciar a lo superfluo y postergar lo que no sea imprescindible. Con ese reajuste

a nuestro consumo lograremos: aumentar las exportaciones y reducir las importaciones. Si a la política de austeridad agregamos un aumento sólo del 20 % en la producción solucionaremos: el problema de las divisas, parte del problema de la inflación, y consolidaremos la capitalización del país”⁸.

Para la consecución de tales objetivos, el gobierno impuso severas medidas económicas, que se agregaron a la menor expansión del crédito y los salarios que venía implementándose desde 1949:

- Se procuró mejorar la relación de los precios agrícolas —revirtiendo la política anterior, de transferir ingresos del agro a la industria— a través de tipos de cambio preferenciales.
- Se restringió la faena de animales y el consumo interno de carnes, con miras a incrementar los saldos exportables.
- Se impusieron restricciones a la importación, disponiéndose la expropiación de mercaderías importadas acopiadas en depósitos.
- Se dispuso aumentar la selectividad del crédito e incrementar la tasa de interés para incentivar el ahorro interno.
- Se estableció un congelamiento de precios y salarios a la fecha del plan, prolongándose la vigencia de los nuevos convenios paritarios a dos años.
- Se dispuso la creación de una comisión permanente de precios y salarios a fin de vincular todo incremento de las remuneraciones a los aumentos de la productividad, e impedir alzas de precios no justificadas por mayores costos.
- En materia de gasto estatal, se propugnaba la racionalización de las obras públicas a los límites absolutamente indispensables, procurando derivar actividades —como la construcción de viviendas— hacia el sector privado.

El 5 de marzo, en otro mensaje radial, Perón volvió a reafirmar conceptos en torno a las medidas anunciadas, el control de su cumplimiento y la imprescindible participación popular en su ejecución. Una vez más, instó a reducir el consumo, y en especial, a producir más: “El justicialismo sólo puede asegurar una justicia distributiva en relación con el esfuerzo y la producción... Las comunidades más ricas y felices no son las que ostentan el más elevado consumo. Son las que producen más y ahorran sobre la diferencia”⁹.

También se extendió en consideraciones sobre la necesidad de mantener la disciplina laboral, y postergar aspiraciones sectoriales en favor del beneficio común.

Desde una óptica privatista, el plan era irreprochable

en tanto tendía a producir una mayor acumulación interna, superar los ahogos externos, incrementar la producción y desacelerar la inflación. Claro que, aun cuando se procuraban repartir los esfuerzos, el mayor peso incidía sobre el sector asalariado.

Los precios agropecuarios experimentaron un rápido descenso del 40 % con relación a los precios industriales, en el trienio 1953/55¹⁰, por lo que fue imprescindible mantener subsidiados los precios de los alimentos, a fin de morigerar su impacto sobre el salario real que había descendido en un 21 % entre 1950 y 1952 por efecto de la crisis¹¹.

Si se tiene en cuenta que el objetivo fundamental del plan de coyuntura consistía en paliar la crisis —recién en el Segundo Plan Quinquenal se abordarían metas más ambiciosas, destinadas a atacar ciertas falencias estructurales—, puede afirmarse que resultó exitoso. Como resultado del esfuerzo interno realizado —y aun cuando éste implicó un apartamiento de la política inicial del gobierno— se logró una rápida desaceleración del ritmo inflacionario a partir de la segunda mitad del año 1952 (que se acentuaría en 1953 y 1954), las exportaciones de 1953 crecieron en un 60 % sobre 1952¹² —con el consiguiente impacto favorable en la balanza comercial— y los niveles de actividad económica tenderían a recuperarse, al igual que las remuneraciones. Por cierto, influyó decisivamente la recuperación del agro, una vez superados los graves fenómenos climáticos que lo habían afectado.

Antonio Cafiero afirma acerca de los resultados del plan: “Todo ello se logró: sin ‘ayuda exterior’, sin convocatoria internacional de acreedores, sin ‘gran cambio’, sin imponer a la clase más necesitada de la población sacrificios exagerados, sin lamentos ni llorosas claudicaciones, sin hipotecar el país ni rematar sus riquezas, sin represión obrera. Bastó, nada más, con apelar a las reservas morales del pueblo y de sus organizaciones económicas y sociales de trabajadores y empresarios, para obtener resultados que pudieron exhibirse como ejemplo mundial de disciplina y voluntad popular puestas al servicio de grandes objetivos nacionales”¹³. Más allá de la visión en exceso laudatoria de quien había tenido activa participación en el diseño del plan¹⁴, innegablemente la crisis se superó.

El peronismo lograría así atravesar la más difícil coyuntura económica de todo su período de gobierno, sin consecuencias políticas demasiado críticas. No cabe duda que en ello tuvo decisiva importancia la capacidad de convocatoria del gobierno, en especial sobre los sectores que tuvieron que afrontar el mayor

costo social de la crisis, así como los altos niveles de remuneración y ocupación preexistentes, que actuaron como "amortiguador" del impacto recesivo.

Los primeros meses de un año crucial

La fallida conspiración de Menéndez y el triunfo electoral del peronismo no habían aquietado —como dijimos— a la oposición.

Las relaciones del peronismo con el resto de las fuerzas políticas —sospechosas con razón de complicidad con los sediciosos— no habían mejorado. Sin embargo, el 1° de febrero, el dirigente socialista Enrique Dickman celebró una entrevista con Perón, la que daría origen a un acercamiento al régimen por parte de algunos hombres de esa agrupación, proclives a comprender el nuevo protagonismo de la clase obrera a través del peronismo.

Por cierto, la actitud "herética" —que un año después culminaría con la formación de un nuevo partido— produjo un arduo debate interno en el viejo socialismo, cuyos principales dirigentes —Palacios, Ghioldi, Alicia Moreau de Justo— se mantuvieron irreductiblemente opositores. El socialismo se escindió, para permanecer —de acuerdo a sus mejores tradiciones "higiénicas y moralistas"— codo a codo con los demócratas en su lucha contra esa expresión de supuesto "fascismo vernáculo" que, incomprensiblemente, se nutría de la clase obrera. ¡Cosas de la "política criolla"...!

Poco después de ese hecho —el 3 de febrero— debía estallar una nueva conspiración. Esta vez, urdida por el coronel retirado José F. Suárez, experimentado en esas aventuras, al que se habían plegado varios cientos de civiles, así como numerosos oficiales en retiro y otros en servicio activo en la Marina y el Ejército, que habían podido sortear las "purgas" que siguieron al levantamiento fracasado de Menéndez, el año anterior.

"El plan contemplaba la toma simultánea de la Casa Rosada, el Correo Central y el Departamento Central de la Policía Federal, pero su principal objetivo era la residencia presidencial en la avenida Libertador. Se utilizarían camiones pesados para derrumbar la verja de hierro circundante, permitiendo así que fuerzas de choque bien armadas entraran en el edificio y liquidaran a sus habitantes"¹⁵.

La elección de la fecha del 3 de febrero tenía un significado: había de coincidir con el centenario de la batalla de Caseros, donde había encontrado su final otra "dictadura sangrienta". La línea histórica "Mayo-

Caseros" en la que se reconocerían a sí mismos los fusiladores de la "Libertadora" en 1955, tenía allí un antecedente.

Sin embargo, la infiltración de un agente del servicio de informaciones de la Aeronáutica en las filas rebeldes, permitió alertar al gobierno y desbaratar el complot antes de la concreción del plan trazado. Los implicados fueron reducidos a prisión, junto con gran cantidad de miembros de la oposición política vinculados a esos hechos.

El gobierno procuró ocultar lo ocurrido, pero a la vez, endureció notoriamente su actitud frente a la oposición. Según R. Potash, la reacción de Perón ante la amenaza contra su vida fue especialmente agresiva: consistió en la elaboración de un plan secreto de medidas violentas a adoptarse en caso de reiteración de hechos similares. Dicho plan se instrumentó mediante una directiva oficial conocida como Orden General n° 1, que se cursó a los funcionarios del Gobierno Nacional y Gobiernos Provinciales. Se complementó con un plan que circuló entre la dirigencia del partido, en el que se disponía que, de producirse un nuevo atentado, se llevaría a cabo una rápida campaña de represalias. El Plan Político Año 1952 —que así se lo habría denominado— "impartía instrucciones a los dirigentes políticos partidarios provinciales para que cooperaran en la preparación de listas de enemigos y en la organización de grupos fuertemente armados, que se formarían con individuos especialmente elegidos en el partido y la CGT y cuya misión consistiría en llevar a cabo ataques personales, atentados con bombas e incendios. Control de Estado distribuyó sus propias listas preliminares de enemigos que se ampliarían 'a medida que nuevas investigaciones permitan actualizarlas'. Las listas iniciales contenían los nombres de 322 personas, 50 empresas extranjeras, embajadas y personas, 29 firmas comerciales argentinas vinculadas a elementos de la oposición, y locales de partidos políticos de la oposición"¹⁶.

Potash deriva la autenticidad de tales planes, de una copia de los mismos supuestamente hallada por el general Benjamín Rattembach, luego de la caída del peronismo. Si se acepta la veracidad de lo afirmado, se advierte que el peronismo mostraba proclividad a la violencia política, como respuesta a una actitud simétrica por parte de la oposición. Esto se repetiría una y otra vez en los años siguientes, poniendo de manifiesto que el encono de los enfrentamientos sociales que subyacían en esos conflictos, hacía muy difícil su solución orgánica y por cauces institucionales.

De todas formas, y como también se vería más adelante, la "dictadura sangrienta" se mostraría mucho menos decidida a ensangrentar el país que sus adversarios, a quienes no les temblaría el pulso a la hora de oprimir los gatillos.

Poco después, en el mismo mes de febrero, se aprobó una compra de armas cortas que el 5 de abril de 1952 se entregaron a la CGT¹⁷, lo que sirvió para despertar nuevas inquietudes en las Fuerzas Armadas. (Sobre este punto, hay informaciones contradictorias: en el libro de Borroni y Vacca, pág. 268, se habla de armas compradas a iniciativa de Eva Perón que finalmente fueron destinadas a gendarmería. En las páginas 311 y 279 se dice que una partida de revólveres adquiridos por la Fundación, se entregaron a la CGT. Robert Potash, en la obra citada en la bibliografía —pág. 201— recoge esta última información. No queda claro, pues, si se trata de dos compras, o de las mismas armas, cuyo destino final difiere según cada testimonio.)

Otra secuela de la conspiración desbaratada fue el mayor control sobre las Fuerzas Armadas, y la exigencia de pruebas de adhesión al gobierno por parte de los oficiales que desempeñaban cargos de cierta relevancia. En general, el control político y la presión sobre la oposición se incrementó.

El 1º de mayo: el último discurso de Eva Perón

Eva Perón había sido intervenida quirúrgicamente el 5 de noviembre de 1951, pocos días antes de la elección que llevaría a Perón por segunda vez a la presidencia de la Nación. Dos semanas después de la operación, había reiniciado parcialmente su actividad pública. Sin embargo, aunque las informaciones oficiales se empeñaban en ocultarlo —y aunque el círculo que la rodeaba pretendiera engañarla— la salud de Eva Perón se quebrantaba día a día. Ella misma intuía la proximidad de su muerte y lo dejaba ver frecuentemente a sus allegados.

A principios de 1952, sus apariciones y discursos declinaron notoriamente. Tratada con radioterapia, un exceso de exposición a las radiaciones le habían provocado quemaduras en diversas partes del cuerpo, aumentando con ello sus padecimientos.

Sin embargo, con motivo de la celebración del primero de mayo, Eva participaría por última vez del contacto directo con su pueblo. "Llagada, quemada, lacerada por intensos dolores, Eva se obstinó —pese a las prohibiciones de sus médicos y a las evasivas de

Perón y sus amigos personales— en concurrir a la Plaza de Mayo, para asistir a la concentración organizada por la CGT. Allí pronunció un discurso que sería el último dicho en actos públicos"¹⁸.

Una vez más —la última— su verbo emotivo y clasista, cargado de acentos revolucionarios y combativos, hizo vibrar las cuerdas más íntimas de la sensibilidad popular: "Mis queridos descamisados: otra vez estamos aquí reunidos los trabajadores del pueblo, las mujeres del pueblo; otra vez estamos los descamisados del pueblo en esta plaza histórica del 17 de octubre de 1945, para decirle y darle la respuesta al líder del pueblo que hoy, en sus últimas palabras dijo 'quienes quieran oír que oigan; quienes quieran seguir que sigan'. Aquí está la respuesta, mi general, es el pueblo, es el pueblo trabajador, es el pueblo humilde de la Patria, que aquí y en todo el país está en pie y lo seguirá a Perón, el líder del pueblo... porque ha levantado la bandera de la redención y de la justicia de las masas trabajadoras..."¹⁹.

Conocedora —a raíz de sucesos recientes— de que los adversarios conspiraban, Eva alertó contra los enemigos "de adentro y de afuera": "Y yo lo pido a Dios que no les permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón porque ¡guay de ese día! Ese día, mi general, yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la Patria, muerta o viva, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista. Porque nosotros no nos vamos a dejar aplastar jamás por la bota oligárquica y traidora de los vendepatrias que han explotado a la clase trabajadora... y que sepan los traidores que ya no vendremos aquí a decirle ¡Presente!, a Perón como el 28 de setiembre, sino que vamos a hacernos justicia por nuestras propias manos"²⁰.

Y concluyó con una advertencia: "El enemigo acecha. Los vendepatrias de adentro, que se venden por cuatro monedas, están también en acecho para dar el golpe en cualquier momento. Pero nosotros somos el pueblo, y yo sé que estando el pueblo alerta somos invencibles, porque somos la Patria misma"²¹.

Eran algo más que meras palabras, y la oligarquía —que la aborrecía— lo sabía. Eva se identificaba con el subsuelo, con la raigambre más profunda del peronismo, con aquella que amenazaba constantemente desbordar los límites del movimiento policlasista, para alzar las banderas de los más desposeídos, de los sumergidos. Inquietaba el poder acumulado por esa mujer que sentenciaba: "...para llegar a la única clase de argentinos que quiere Perón, los obreros deben subir

todavía un poco, pero los patrones tienen mucho que bajar”²². De alguna manera, la frase revelaba la intuición de un camino que el peronismo no atinaba a recorrer del todo: la clave de la continuación de la revolución emprendida, fincaba en que el esfuerzo recayera en quienes más tenían.

Asume Perón por segunda vez

El 4 de junio de 1952, Juan Domingo Perón asumía por segunda vez la presidencia. Poco antes —el 3 de abril— había fallecido su compañero de fórmula, el vicepresidente Jazmín Hortensio Quijano.

Ese día, se produjo la que sería la última aparición pública de Eva Perón. Contra la opinión de todos, se obstinó en concurrir al acto de asunción, para lo que debieron suministrársele fuertes calmantes.

En el marco de un día luminoso, las calles aledañas al Congreso Nacional y la Casa de Gobierno se llenaron de una multitud bulliciosa, que aguardaba la llegada de Perón y Eva. Como desde hacía seis años, las calles aparecían invadidas por esa gente de piel morena y ropas humildes, que afirmaba con sus festejos la continuidad del proceso que les permitía emerger, vivir dignamente, ser protagonistas. Podían mostrarse y recorrer la ciudad sin vergüenza. Hasta con “prepotencia”. Su grito —¡Perón!— era la expresión de todo eso. Los otros, los que añoraban las épocas en que la ciudad —vacía y tranquila— era para ellos, miraban tras las persianas con inocultable sentimiento de “dignidad ofendida”: ¡cuántos años más habrían de soportar al tirano...! ¡Cuánto más el oprobio...!

Hacia las primeras horas de la tarde, el presidente electo arribó al Congreso, para pronunciar el juramento constitucional. Luego, en un automóvil abierto y flanqueado por su esposa, recorrió la Avenida de Mayo hacia la Casa de Gobierno, acompañado por las habituales muestras de fervor popular.

Tras pronunciar el habitual discurso, acompañado de sus ministros, el Presidente se ubicó en el balcón de la Casa Rosada para asistir al desfile militar que cerraba el acto oficial.

El nuevo gabinete —ministros y secretarios— que acompañó a Perón, registraría ausencias y permanencias. Lo constituían: Angel Borlenghi, en Interior; Jerónimo Remorino, en Relaciones Exteriores; José M. Freyre, en Trabajo; José Humberto Sosa Molina, en Defensa; Oscar Nicolini, en Comunicaciones; Román Subiza, en Asuntos Políticos; Franklin Lucero, en Ejér-

cito; Aníbal Olivieri, en Marina; Juan L. de San Martín, en Aeronáutica; Raúl Mendé, en Asuntos Técnicos; Juan Maggi, en Transportes; Alfredo Gómez Morales, en Asuntos Económicos; Miguel Revestido, en Finanzas; Pedro Bonani, en Hacienda; Antonio Caffero, en Comercio Exterior; Rafael Amundandarain, en Industria; Carlos Hoggan, en Agricultura; Roberto Dupeyron, en Obras Públicas; Ramón Carrillo, en Salud Pública; Natalio Carvajal Palacios, en Justicia, y Armando Méndez San Martín, en Educación²³.

Permanecían muchos de los colaboradores del primer gobierno, tales como Borlenghi, el doctor Carrillo —responsable de la brillante política llevada a cabo en materia de salud pública— José M. Freyre, y varios otros. Pero también había ausencias notorias: no estaban ni Figuerola (ex secretario técnico), ni Cereijo (ministro de Finanzas), ni Juan Pistarini (de Obras Públicas). Por cierto, tampoco estaba ya Miguel Miranda —verdadero mentor y conductor de la política económica en los primeros años, renunciante en 1949— ni el canciller Bramuglia, reemplazado por esa misma época.

Las circunstancias en que Perón asumía no eran, por supuesto, nada favorables. A pesar de su sólido respaldo político —evidenciado en el amplio triunfo electoral— debía enfrentar una difícil situación económica y un recrudecimiento de la oposición.

La crisis económica se superaría, no así ciertas tendencias a la paralización interna, al crecimiento de la burocracia. Una especie de “fatiga” del régimen, después de las intensas transformaciones que habían dominado los primeros años de gobierno.

La muerte de Eva —ya próxima— y la desaparición del escenario político de algunos hombres “claves” de la primera hora —como el ya citado caso de Miranda o el de Domingo Mercante— contribuirían a acentuar esas circunstancias.

La muerte de Evita: un profundo dolor popular

Poco le quedaba a Eva de vida. Tras el primero de mayo, aún mantuvo una reunión en su lecho de enferma con los gobernadores peronistas, para convocarlos una vez más a defender la revolución que parecía vacilar.

El 4 de junio había tenido fuerzas para participar del acto de asunción de Perón a la segunda presidencia, acompañándolo entre manifestaciones de afecto del pueblo. Fue su última aparición pública.

Poco después —el 29 de junio— redactaría su testamento: “Quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo ... Yo estaré con ellos para que sigan adelante y por el camino abierto de la justicia y de la libertad, hasta que llegue el día maravilloso de los pueblos. Yo estaré con ellos, con Perón y con mi pueblo, para pelear contra la oligarquía vendepatria y farsante, contra la raza maldita de los explotadores y de los mercaderes de los pueblos”²⁴.

En los días subsiguientes, se multiplicaron los homenajes oficiales y las iniciativas para construir un monumento en su honor. El 18 de julio, el Congreso le confirió el Collar de la Orden del Libertador General San Martín, con carácter vitalicio. Pero ninguna medida laudatoria sería comparable a la expectativa y el pesar popular frente a la proximidad de su muerte.

En el mes de julio, el diagnóstico médico confirmaba la irreversibilidad del proceso canceroso y la inminencia del fin. Los informes oficiales y los rumores sobre su salud se sucedieron ininterrumpidamente en esos días, hasta que el 26 de julio se efectuó el anuncio de la muerte de Eva: “Cumple la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, el penosísimo deber de informar al pueblo de la República, que a las 20.25 horas ha fallecido Eva Perón, Jefa Espiritual de la Nación” —expresó el comunicado oficial²⁵.

Al día siguiente, su cuerpo —embalsamado por el profesor español Pedro Ara, especialmente convocado a esos efectos— fue expuesto en el Ministerio de Trabajo y Previsión, colocado en el hall central del edificio, para permitir el acceso del público.

Mientras la CGT declaraba un paro de 72 horas, miles de personas desfilaron por la capilla ardiente, donde representantes de las fuerzas armadas y las organizaciones obreras montaban una permanente guardia de honor.

“Afuera, bajo la lluvia, largas filas de hasta 35 cuerdas de largo, esperaban pacientemente. Una de ellas, desde la diagonal Julio A. Roca llegaba hasta la avenida Belgrano y Entre Ríos, atravesando la calle Perú, bordeando la Plaza de Mayo y continuando por Paseo Colón. Otra, por la Avenida de Mayo y 9 de Julio, llegaba hasta la Plaza de la República. El Ministerio de Salud Pública se vio obligado a instalar en las calles mil camillas y cuarenta puestos sanitarios. La Fundación, también repartía frazadas, mientras que vivaques del ejército distribuían comida y bebidas calientes en forma gratuita”²⁶.

El día 9 de agosto, los despojos mortales de Eva Perón fueron conducidos al Congreso Nacional, donde

proseguirían los actos de homenaje. Tras oficiarse un responso, diversos funcionarios pronunciaron los discursos con que se cerraron las despedidas oficiales.

Al día siguiente, más de dos millones de personas cubrieron el trayecto por donde se desplazó el cortejo fúnebre que conducía el cadáver de Eva hacia la sede de la CGT. El cuerpo, ubicado sobre una cureña arrastrada por representantes obreros, avanzó por Rivadavia, Avenida de Mayo, Hipólito Yrigoyen y Paseo Colón, flanqueado por la multitud y por gran cantidad de efectivos de las fuerzas armadas y de seguridad. Una salva de 21 cañonazos marcó el momento en que el ataúd con tapa de cristal fue depositado en el recinto funerario especialmente preparado en el primer piso de la central obrera.

La fastuosidad de las honras fúnebres empalideció, sin embargo, frente a la manifestación espontánea del pueblo. Tanto durante la permanencia en el Ministerio de Trabajo, como en el traslado hacia el Congreso y la CGT, Buenos Aires asistió a una de las más conmovedoras y multitudinarias muestras de dolor colectivo que la historia registraba, sólo comparable acaso a la que acompañara —dos décadas atrás— las exequias de Hipólito Yrigoyen.

Interminables columnas de hombres y mujeres de toda edad, de prevalente condición humilde, desafiaron durante días y noches enteras la lluvia y el frío, con el único propósito de rendir su postrer homenaje a aquella a quien habían reconocido como la más expresiva bandera de todas sus luchas. Más allá de las oraciones fúnebres, de las honras y las declaraciones, el sentido de la vida y la muerte de Eva Perón se hacía inteligible ante la exteriorización de ese pesar popular, sincero y profundo, que encendería velas y levantaría altares en su memoria, hasta en los últimos rincones de la república.

También estaban, claro, los que festejaban. Los que pensaban que con Eva desaparecía uno de los aspectos más irritantes y peligrosos del peronismo. Y algo de razón tenían. Sin que su ausencia fuera la causa necesaria y suficiente, de allí en más se acentuarían ciertos vicios paralizantes. Ella, que quería estar siempre cerca del pueblo, de sus “descamisados”, que desconfiaba de los intelectuales²⁷ y de ciertos arribistas, con su primitiva intuición, solía advertir a Perón sobre la peligrosidad de algunos adulones de turno.

Pero la muerte había silenciado la voz de esa mujer que entendía que el peronismo “sería revolucionario o no sería...” El fuego vital de su sangre ya no presaría su calor a la revolución en marcha. Su imagen

quedaría, sin embargo, perpetuada en la memoria colectiva del pueblo.

La caída de Mercante en la provincia de Buenos Aires

El coronel Domingo A. Mercante, gobernador de la Provincia de Buenos Aires desde 1946, era sin lugar a dudas, una de las figuras más importantes del peronismo. Había sido —desde los momentos iniciales— uno de los gestores del movimiento. En el GOU primero, en el Departamento de Trabajo luego, se había desempeñado como el verdadero brazo derecho de Perón.

Prestigiado por una gobernación excelente, había sido reelegido al terminar su mandato. Su figura había crecido hasta ser considerado el segundo hombre del gobierno.

En la Provincia integraban los equipos de Mercante muchos de los mejores y más lúcidos hombres de FORJA, aquel esforzado grupo que trasvasó al peronismo tantas ideas "matrices": López Francés era ministro de Hacienda; Julio César Avanza de Educación; Francisco Capelli, subsecretario de Previsión y Acción Social; René Orsi y Darío Alessandro eran diputados provinciales; Arturo Jauretché, presidente del Banco de la Provincia.

En oportunidad de debatirse la cuestión de la reelección presidencial, que finalmente contemplaría la Constitución de 1949, Mercante se había manifestado en desacuerdo. Algunos especulaban —probablemente— con su propia postulación presidencial en caso de no ser Perón el candidato. No puede hablarse de que existiera un "mercantismo" dentro del peronismo, pero la figura del gobernador surgía con peso natural, si no se sancionaba la reforma que posibilitara la nueva postulación de Perón.

Lo cierto es que durante 1951, comenzó a advertirse un enfrentamiento en el seno del movimiento: desde el Consejo Superior fue impulsada una campaña en contra de Mercante, que alcanzaría a la gente que constituía su base política en la Provincia. Cámpora, Te-saire y otros, conducirían esa ofensiva, que concluiría por dividir la opinión entre la dirigencia bonaerense. Se produjo en 1951 la intervención al partido peronista provincial, y se llegó a barajar la posibilidad de intervenir la Provincia.

Es difícil evaluar el trasfondo de la disidencia —que tuvo ribetes palaciegos— pero puede presumirse que pesó la acción de ciertos sectores obsecuentes, que in-

fluyeron en Perón a partir del creciente prestigio del gobernador²⁸.

Mercante concluyó su mandato en los primeros meses de 1952, sin que se le brindara oportunidad alguna de participar en la designación de los candidatos para la próxima elección provincial. Se retiraría entonces de la vida pública, manteniéndose en un ostracismo absoluto durante todo el resto del gobierno peronista.

La imposición de candidaturas digitadas en la Provincia de Buenos Aires, provocó que el peronismo perdiera, en 1952, caudal electoral. Carlos Aloé —mayor retirado del ejército— fue designado gobernador.

A partir de la caída de Mercante, la ofensiva burocrática perseguiría a muchos de sus colaboradores cercanos: Avanza sería enviado a prisión acusado de un negociado, en tanto que otros eran reiteradamente molestados por las nuevas autoridades provinciales.

Una creciente burocratización

El episodio de la Provincia de Buenos Aires, que culminó con el desplazamiento de Mercante y su gente, fue un signo más de la creciente tendencia a la burocratización y el arribismo que ganaba la estructura peronista. No fue el único ni el primero, que provocaba el apartamiento de figuras valiosas, de honestos servidores de la revolución nacional, por la presión de oportunistas.

Ya a fines de 1949, aquel insigne argentino —precursor de la unidad latinoamericana— que fuera Manuel Ugarte, quien ha ofrecido sus servicios a Perón y ha sido nombrado Embajador Plenipotenciario en México, se ha visto obligado a renunciar, por manifiestas presiones derivadas del cambio de canciller (Bramuglia ha sido reemplazado por Hipólito Paz, y esto ha significado un retroceso en la política exterior). Ugarte escribía entonces: "Renunciando a la concepción continental —que tenía Bramuglia— el nuevo canciller, que a su confesada inexperiencia, une una incapacidad notoria, se recluye en una política de fronteras inmediatas en desmedro del prestigio que íbamos alcanzando mundialmente... Sigo creyendo que la Revolución resulta necesaria y benéfica en muchos aspectos. Pero entiendo que el jefe no supo defenderse de la lisonja... En torno a él florece hoy, en plano subalterno, la intriga de los incondicionales... Yo he sido alejado de mi puesto por una intriga de antesalas pero esto no influye sobre mi juicio. Perón está realizando en la Argentina una obra memorable, pero esa obra, como

el fruto magnífico lleva en sí gérmenes peligrosos: la excesiva aprobación cortesana, el núcleo cerrado que no deja ver el horizonte, la intervención inexplicable en los asuntos de Estado de personas que no recibieron mandato alguno..."²⁹.

Bajo circunstancias similares se produciría el alejamiento de Jauretche y de Raúl Scalabrini Ortiz, así como el reemplazo de muchos colaboradores de la primera hora, paralelo al ascenso de hombres de dudosa capacidad. "Lentamente se forma alrededor del general una burocracia en ascenso que llegará a constituir un círculo de hierro. Hay allí hombres idealistas y desinteresados, pero hay también arribistas obsecuentes. La Revolución Nacional no es producto de la acción política de un partido revolucionario sino que surge por un atajo imprevisible de la historia, ligando al ejército y a la clase obrera a través de un caudillo nacional. Pero la imprevisión y la espontaneidad del movimiento inciden negativamente, elevando a primer plano a figuras oscuras que obstaculizan el proceso revolucionario"³⁰.

Así, la burocracia bien puede ser tenida por un resultado natural de la particular forma organizativa que el peronismo asumía: Perón era quien ejercía la conducción vertical del movimiento, la cúspide de una pirámide de poder centralizada e inorgánica. Tal centralización, ineludible en los primeros momentos y útil para la rápida toma de decisiones que las transformaciones inmediatas exigían, tendría también sus perjuicios. La sobrecarga que implicaba para Perón, unida a la tendencia al eclipsamiento de los colaboradores con capacidad de iniciativa, daría lugar a la formación de una "telaraña" de obsecuentes, que harían de ello un estilo. Arturo Jauretche había advertido tempranamente esos riesgos, y lo expresaría más tarde: "El personalismo, que nos guste o no es un modo histórico nuestro, acarrea, junto con sus ventajas —unidad y eficacia inmediata en la dirección y simplificación en el caudillo-apoderado del pueblo—, la creación de una burocracia cortesana, que paulatinamente lo va bloqueando y aislando del medio político social. Al mismo tiempo, habitúa al protagonista a no aceptar las divergencias y disentimientos que traen los capacitados y los hombres de carácter que son excluidos por un círculo de cortesanos que siempre dicen amén, y cuya única preocupación es su éxito personal y su subsistencia para lo que se esmeran en ocultar la realidad con sus contradicciones y problemas. Desde que en la Presidencia de la República, éstos impartieron la consigna: 'No hay que traerle problemas a Perón', Perón fue aislado de

los problemas, es decir de la realidad, que es problema por antonomasia"³¹.

La corrupción administrativa

La corrupción administrativa, la prebenda, el negociado —grande o pequeño, según la posición del funcionario implicado— fueron sin duda una consecuencia directa de la burocracia. Pero ese "subproducto" del proceso, fue confundido muchas veces —y deliberadamente— con su esencia.

Así como la burocracia era una resultante del espontaneísmo, "...de la ausencia de un partido modelado y endurecido ideológica y moralmente, en la lucha"³², ciertas corruptelas visibles, se relacionarían con el carácter "ampliatorio" del peronismo en cuanto al reclutamiento de sus elencos. Había, en este sentido, una renovación cualitativa en los cuadros administrativos, que se nutrían ahora en los sectores populares. "Así como durante el gobierno de Yrigoyen, los grupos dinámicos de la nueva clase media extrajeron provechos personales de su situación política privilegiada; durante el gobierno de Perón, los elementos en ascenso de estratos sociales inferiores aprovecharon su flamante acceso a los recursos estatales de poder para extraer ventajas"³². Era inevitable que en esos hombres ascendidos a la función pública —y provenientes de capas bajas u obreras— primara a veces la búsqueda de ascenso social y la consolidación de la situación personal, sobreponiéndose a la vocación de servicio, tal como pasaba décadas atrás con el caudillismo de las parroquias radicales. De allí el arribismo, y la búsqueda de la "prebenda", que no alcanzarían —por cierto— a todos y que sería cuidadosamente destacada por la oposición.

No es que antes no hubiera existido: lo que ocurría es que en las administraciones oligárquicas se notaba menos. No eran nuevos ricos, recién venidos, sino viejos ricos. Además, "bien educados"... Si la venalidad no era menor, se disimulaba con las buenas maneras... No se ostentaba en forma "anticstética".

Tal vez los abogados de los ferrocarriles británicos negociadores del pacto Roca-Runciman o los presidentes elegidos en la Cámara de Comerciantes Británicos no necesitaban mercar con permisos de cambios: estaban suficientemente retribuidos y tenían sólida fortuna personal. El pequeño-burgués vería normal que exhibiera su riqueza a aquel a quien consideraba —en su fuero íntimo— con cierta admirativa unción: la oligarquía y sus

“doctores” respetabilísimos. Lo que le indignaba era que la mostraran con “desvergüenza” el que consideraba un igual o un inferior: el nuevo empresario, el funcionario, el sindicalista. No importaba tanto de donde provenía, si era mal habida o no. Pero en unos era “natural” y en otros “contra natura”...

La opulencia de la oligarquía, edificada sobre la condición semicolonial del país y sobre la miseria de gran parte de sus habitantes, no era un dato inmediatamente perceptible para la clase media. La educación formal no ponía a su alcance la comprensión de ese fenómeno, que no figuraba en ningún texto escolar. Antes bien, la colonización pedagógica modelaba las categorías de pensamiento de la pequeña burguesía semiculta, impermeabilizándola a la aprehensión directa de esa realidad. Sí, en cambio, le resultaba evidente el peculado de un funcionario del régimen o de un gremialista. Eso estaba más próximo y despertaba su indignación. Era como mirar a través de una lente mágica que agrandaba lo pequeño y ocultaba lo gigantesco. De resultados de eso, el régimen peronista se convertiría en sinónimo de corrupción ¡y hasta de entrega! Y sería impugnado por los mismos hombres de paja que 20 años atrás sometieran la Nación al oprobio de la “década infame”. Y esos mismos hombres acudirían al “salvataje patrio”, entremezclados en las “huestes libertadoras” al sonar la última hora del gobierno popular.

Sin desconocer las debilidades reales —y las corrup-telas no menos reales— del peronismo, su escandalizada difusión sería un recurso eficazmente explotado por la oligarquía, para movilizar a la clase media en su contra.

La “megalomanía” y la propaganda

Otro aspecto nocivo y torpe era la forma en que se manejaba la propaganda oficial.

“Ya en los primeros años, el gobierno había creado las condiciones necesarias para el manejo de la opinión pública, al poner bajo su control las radioemisoras más importantes y casi la totalidad de los periódicos”³³. Más adelante, en especial a partir de 1950, cundiría la costumbre de utilizar los nombres de Perón y su esposa para denominar calles, escuelas, ciudades, hospitales, estaciones, etc. Los retratos de Perón y Eva aparecían en oficinas, escuelas y toda suerte de lugares públicos. Cada funcionario se creía obligado a adoptar iniciativas en ese sentido.

“El ejército tampoco podía desligarse de los homenajes exagerados e injustificados brindados ... por el grupo de cortesanos que los rodeaba. Se bautizó con los nombres del presidente y de la Señora de los Descamisados a dos unidades de la Marina de Guerra. Se decidió por decreto dar el nombre del Excelentísimo Presidente de la República a la promoción n° 38 del Colegio Militar... Todas estas medidas torpes y humillantes eran motivo de irritación para los militares y no contribuían a mejorar la imagen del régimen en el ejército”³⁴. El párrafo de Rouquié, aunque notoriamente adverso al peronismo, se ajusta a la realidad.

El 8 de agosto de 1952, la ciudad de La Plata pasó a llamarse Eva Perón. Ya existían las provincias Eva Perón (La Pampa) y Presidente Perón (Chaco). Toda esta “ofensiva propagandística, machacante, iterativa y reiterativa...”³⁵ le haría reflexionar a Arturo Jauretche: “Cuidado, que cuando todo suena a Perón, es que suena Perón...”³⁶.

Todo eso, además de innecesario, resultaba contraproducente. “Para lo que sirvió el monopolio estatal de los medios de comunicación fue para obrar como espina irritativa en muchos sectores de la sociedad, para reemplazar a la información por el rumor, para descreer a medio mundo de la veracidad de la palabra oficial y, de rebote, para despulir la imagen de Perón, dándole la razón a los opositores que lo acusaban de dictador”³⁷.

Ninguno de esos recursos fue necesario, mientras el peronismo mantuvo su dinamismo transformador. Porque si la clase media experimentaba rechazo ante esa multiplicación de nombres e imágenes, la clase obrera no la necesitaba para ser peronista.

La caída de José Espejo

Con posterioridad a la muerte de Eva Perón, se iría insinuando en el movimiento un recambio de figuras. Se produce el fortalecimiento de algunos funcionarios que no contaban con la confianza de Eva, y el paralelo desplazamiento de otros.

Así por ejemplo, crece la figura del ministro de Educación, Méndez San Martín, que va obteniendo el favor de Perón. Según algunos testimonios, Eva no aprobaba su presencia en el gabinete, y habría estado a punto de lograr que fuera reemplazado. Tras la desaparición de Eva, Méndez San Martín lideraría la ofensiva tendiente al descabezamiento de las posiciones ocupadas por aquellos hombres que más cerca de ella

se encontraban. En ese "cuestionamiento", caerá el secretariado de la CGT, con José Espejo a la cabeza ³⁸.

En el acto de conmemoración del 17 de octubre, que se lleva a cabo en Plaza de Mayo, y con la presencia de Perón, el discurso de Espejo es interrumpido por una ensordecedora silbatina, que parte de los cuatro costados del lugar. Evidentemente, la demostración había sido preparada cuidadosamente, e iniciada por grupos previamente organizados.

Senén González, en su *Breve Historia del Sindicalismo Argentino*, hace referencia al surgimiento de una "rivalidad entre los sindicalistas de la "vieja guardia" —de orígenes socialistas, generalmente— con una nueva generación de dirigentes, que integran una segunda línea, tales como Abdala Baluch, Paulino Niembro, Augusto Vandor y Andrés Framini. "La demostración había sido organizada por la 'nueva generación' y apoyada por fuerzas de choque: en ese momento, según analistas peronistas, la Alianza Libertadora Nacionalista" ³⁹.

En todo caso, puede pensarse que las pujas "generacionales" en el sindicalismo habrían sido aprovechadas por los sectores extragremiales interesados en el desplazamiento de Espejo.

Lo cierto es que —a poco— Espejo renuncia, y solidario con él lo hace el resto del secretariado: Santín, Soto y Armando Cabo. Perón adopta una actitud prescindente frente al problema: deja hacer. Aunque procura retener a Santín y Cabo, a quienes entrevista especialmente, para disuadirlos de que renuncien junto al secretario general. Ambos dirigentes, sin embargo, persisten en su actitud solidaria y se alejan de sus cargos. Al frente de la CGT quedará Eduardo Vuletich, dirigente de la Federación de Trabajadores de Farmacia.

Industrialización y Fuerzas Armadas: Fabricaciones Militares y SOMISA

Aunque la primera etapa del peronismo había concentrado el esfuerzo en el desarrollo de las industrias de consumo, tampoco pueden dejar de señalarse las iniciativas adoptadas en cuanto a la industria de base. En ellas, como hemos visto, jugaron un papel fundamental las Fuerzas Armadas, a cuyo cargo se pusieron la mayoría de los proyectos concebidos en este aspecto.

Entre 1946 y 1955 se originaron numerosas industrias, en el marco de la Dirección General de Fabricaciones Militares: en 1946 se había instalado una fábrica de tolueno sintético en Campana; en 1952 nacieron una

fábrica de ácido sulfúrico en Berisso y otra de azufre en Salta. Hacia 1955, los establecimientos industriales bajo control de las Fuerzas Armadas empleaban unos 20.000 trabajadores.

El general Manuel Savio, pionero de la metalurgia nacional, estaba desde el gobierno de Castillo al frente de la Dirección de Fabricaciones Militares. En 1945, a su iniciativa se debió la creación de los Altos Hornos Zapla y Palpalá.

En el año 1947, el Congreso Nacional había aprobado la Ley 12.978 —llamada Ley Savio— que delineaba el plan siderúrgico argentino y disponía la constitución de la Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina (SOMISA), cuya presidencia quedaría a cargo del general Savio, que había inspirado el proyecto. "La Ley Savio era el instrumento destinado a 'fomentar' la producción de acero... Fabricaciones Militares habría de ser el asesor natural del gobierno en el desarrollo de ese ambicioso plan. Obstinado en crear las bases de una Argentina moderna y dinámica, Savio también estaba abocado a la preparación de un plan que permitiera la producción de caucho natural y sintético en el país, y otro para fomentar la explotación de materias primas mineras, cuando la muerte lo sorprendió en plena actividad, en 1948, a los 56 años. Con su desaparición menguó sensiblemente el impulso que supiera dar a la siderurgia" ⁴⁰.

Si bien las dificultades de financiamiento y el énfasis colocado en la industria de consumo relegaron la puesta en marcha del proyecto, éste se reactivó en 1952, en el marco de la reorientación de la política económica según los lineamientos que se expresarían en el Segundo Plan Quinquenal. Ese año se suscribió un contrato de construcción con una compañía francesa, para instalar un puerto de aguas profundas en San Nicolás. En 1954, se formalizaría la compra de una planta de laminación de chapas construida en Estados Unidos. Ese año, el director de SOMISA, coronel Pedro Castiñeyras, recibió el título de propiedad de la planta, por la que se abonaron nueve millones de dólares. También en 1954 se iniciaron las tratativas con la firma norteamericana Mc Kee and Company, para la provisión del alto horno para la producción de arrabio. La compra se dilataría por desacuerdos en torno a la financiación. Finalmente, en 1955, los directores de SOMISA fueron autorizados a negociar un crédito con el Banco de Exportación e Importación. En marzo de ese año, el crédito sería finalmente acordado, por un monto de 60 millones de dólares. Sin embargo, la caída del gobierno peronista dilataría nuevamente la puesta en marcha del

complejo, que debería esperar hasta 1960 para concretarse.

Además de SOMISA, el gobierno impulsó otros proyectos industriales bajo la dirección de las Fuerzas Armadas. Creada la Secretaría de Aeronáutica —que autonomizó la aviación militar del Ejército—, Perón confió a la nueva arma la Fábrica Militar de Aviones creada en tiempos de Justo. Esta recibió rápido impulso y pasó a depender del Instituto Aeronáutico Argentino, que en el año 1951, se convertiría en IAME (Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado). “En 1953, esta empresa pública ocupaba 9.000 operarios y había producido a la fecha 200 aviones biplazas de entrenamiento IA 22 D, 100 aparatos Calquin monomotores, e incluso el colofón de la audacia y la técnica: un caza a retropropulsión, el Pulqui, cuyos dos modelos no pasaron nunca de la etapa de prototipos. Por último, en 1951, la construcción de automóviles y de maquinaria agrícola fue declarada de interés nacional y confiada a IAME, que ya fabricaba piezas sueltas para tractores y había realizado algunos vehículos en serie. Entre 1951 y 1957, las fábricas de Córdoba produjeron 6.000 automóviles y 10.000 vehículos utilitarios o agrícolas. Así es como la Fuerza Aérea sentó las bases de la industria automotriz argentina”⁴¹.

De esta manera, aunque con vacilaciones y tropiezos, se delineaba el perfil de una Argentina industrial que, antes del peronismo, no había conocido un impulso semejante.

NOTAS

¹ Jauretche, Arturo, “Los Profetas del Odio y la Yapa: La colonización Pedagógica”, Peña Lillo Editor, Bs. As., 1975, pág. 52.

² Senén González, Santiago, “Breve Historia del Sindicalismo Argentino”, Alzamora Edit., Bs. As., 1974, pág. 67.

³ Galasso, Norberto, “Vida de Scalabrini Ortiz”, Ediciones del Mar Dulce, Bs. As., 1970, pág. 458.

⁴ Para una opinión de la Bolsa de Comercio sobre la nueva política económica, ver Brailovsky, Elio Antonio, “Historia de las Crisis Argentinas”, Editorial de Belgrano, Bs. As., 1983, pág. 149.

⁵ Potash, Robert, “El Ejército y la Política en la Argentina 1945-1962”, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1982, pág. 202.

⁶ Plan Económico 1952, Consejo Económico Nacional, Bs. As., 1952, pág. 8.

⁷ *Ibíd.*, pág. 8.

⁸ *Ibíd.*, págs. 14/15.

⁹ *Ibíd.*, pág. 50.

¹⁰ Ferrer, Aldo, “Crisis y Alternativas de la Política Económica Argentina”, Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 1977, pág. 32.

¹¹ Brailovsky, Elio A., *op. cit.*, pág. 148.

¹² Ferrer, Aldo, *op. cit.*, pág. 33.

¹³ Cafiero, Antonio, “Cinco Años Después”, Bs. As., 1961, pág. 313.

¹⁴ López Alonso, Gerardo, “Cincuenta Años de Historia Argentina”, Ed. de Belgrano, Bs. As., 1983, pág. 126.

¹⁵ Potash, Robert, *op. cit.*, pág. 193.

¹⁶ *Ibíd.*, pág. 200.

¹⁷ Borroni, Otelo, y Vacca, Roberto, “La vida de Eva Perón”, Galerna, Bs. As., 1971, pág. 311.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 278.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 278.

²⁰ *Ibíd.*, págs. 278/279.

²¹ *Ibíd.*, pág. 279.

²² Perón, Eva, “La Razón de mi Vida”, Peuser, Bs. As., 1951, pág. 121.

²³ Proporciona la nómina López Alonso, Gerardo, en *op. cit.*, pág. 26.

²⁴ Borroni, Otelo, y Vacca, Roberto, *op. cit.*, pág. 284.

²⁵ *Ibíd.*, pág. 316.

²⁶ *Ibíd.*, pág. 320.

²⁷ Ver testimonio de Arturo Jauretche en este sentido, citado por Borroni y Vacca, en *op. cit.*, pág. 86.

²⁸ Los entretelones de estos sucesos fueron relatados al autor por Darío Alessandro —testigo protagónico de muchos de ellos— en entrevista personal, en el mes de diciembre de 1983.

²⁹ Ugarte, Manuel, citado por Galasso, Norberto, en “Ugarte, un Argentino Maldito”, Ediciones del Pensamiento Nacional, Bs. As., 1981, pág.

³⁰ Galasso, Norberto, “Vida de Scalabrini Ortiz”, Ediciones del Mar Dulce, Bs. As., 1970, pág. 438.

³¹ Jauretche, Arturo, “El Popular”, n° 7, 27/10/60, pág. 8.

³² Galasso, Norberto, “Vida de Scalabrini Ortiz”, Ed. del Mar Dulce.

^{32'} Waldmann, Peter, “El Peronismo 1943-1955”, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1981, pág. 113.

³³ Waldmann, Peter, *op. cit.*, pág. 123.

³⁴ Rouquié, Alain, “Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina 1943-1973”, Emecé, Bs. As., 1983.